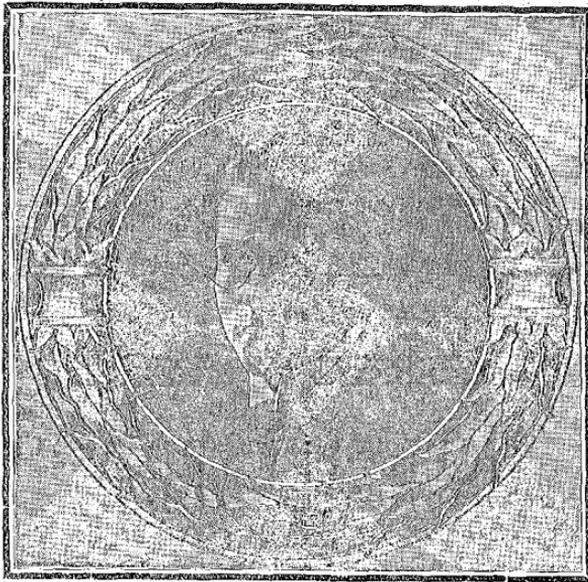


AMERICA

Marzo, Abril y Mayo

Núms. 8, 9 y 10



Medardo Angel Silva,

Cuya obra poética se está editando en París, bajo la dirección
de nuestro compatriota Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide,
Ministro del Ecuador en Francia

QUITO - ECUADOR

TALLERES TIPOGRÁFICOS NACIONALES

1926

Compañía de Préstamos

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1909

Capital \$ 1'000.000 Reservas \$ 525.000

CAJA DE AHORRO

En esta sección se aceptan depósitos desde **UN SUCRE**, los cuales se anotan en libreta numerada y auténtica.

La Compañía abona el 4% de interés anual sobre los depósitos. Los intereses se pagan a voluntad del depositante, por trimestres o semestres vencidos, o se los capitaliza abonándolos a la misma libreta.

La libreta es pagadera al propietario, según conste en el registro de la Compañía; o a cualquier otra persona, previo el endoso acostumbrado.

Por este sistema de ahorro se acumula fácilmente el capital inicial para cualquier negocio o la reserva indispensable para una persona.

Todos deberían tener su Libreta de Ahorro y, especialmente, los niños y los obreros.

FRANCISCO ALVAREZ PEREZ

Cirujano - Dentista

Calle Venezuela, N° 51

TELEFONO 6-1

SOCIEDAD
AMIGOS DE MONTALVO

QUITO-ECUADOR

SEÑOR.....

La Sociedad AMIGOS DE MONTALVO, animada por el deseo de ampliar la esfera de sus conocimientos y efectuar un activo intercambio con la producción intelectual de los pueblos hispano parlantes, ha resuelto establecer una Biblioteca Latino-Americana y ha fundado la Revista AMERICA, publicación que servirá de canje con las producciones científicas, literarias, etc., que sus autores la envíen.

Para que tan nobles aspiraciones tengan cumplido éxito, solicitamos a Ud. un ejemplar de.....

.....
que será destinado a la mencionada Biblioteca. Además se dará cuenta en la prensa nacional de los libros, opúsculos y otras publicaciones recibidas.

La Sociedad le enviará periódicamente la Revista AMERICA, desde el momento que Ud. comuniqué la recepción de esta esquila y nos honre con su colaboración valiosa.

Con sentimientos de la más alta fraternidad, nos es honroso suscribirnos de Ud.

ADMIRADORES Y CAMARADAS,

La Comisión de Biblioteca

Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón.

S. Bolívar

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
DE LITERATURA, ARTE, CIENCIAS

Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos.

J. Montalvo

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD

AMIGOS DE MONTALVO

Año I

Quito.—Ecuador, Marzo—Abril—Mayo de 1926

Nº. 8, 9 y 10

Nuestro Homenaje a Montalvo

EN BREVE aparecerá un librito, que el I. Ayuntamiento de Ambato ha querido encargarse a nuestra dirección. Ninguna labor para nosotros más grata. Era casi un deber. De no haber tenido el Municipio la gentileza de hacer del homenaje a Montalvo—rendido en París a propósito de la colocación de la lápida conmemorativa en la casa en donde murió—una edición aparte, las columnas de AMÉRICA habrían sacado de la sombra el espléndido tributo que tuvo eco sonoro en los cien periódicos de la prensa latina, pero que los nuestros apenas lo dieron a conocer. Los *Amigos de Montalvo*, piadosamente, lo hemos recogido para orlar con un friso más la columna de gloria del Maestro.

El homenaje fue brillante por el prestigio de las personalidades que tomaron parte, pero ya antes le habían rendido a Montalvo otros más altos y honrosos en verdad, y los breves discursos pronunciados en la ceremonia, eran el resultado de un profundo y real conocimiento de la obra. Unánime había consentido, poco antes, en poner el prólogo a las *CATILINARIAS*, en la edición Garnier. Y es admirable el tono fraternal con que nos habla de la obra. En el verbo de Montalvo encuentra el cordial que le exalta a la lucha. Desecha "literatura erudita", pasa por alto al escritor cervantesco y busca los insultos, "los insultos sí, los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo". Como el Cosmopolita, arremete de frente y sin embozo y tiene en Primo de Rivera su Ignacio de Veintimilla.

CURIOSO es el parecido del español de España con este otro de América. Ambos tienen la misma manera caballeresca y franca de atacar, sin escudarse en la ironía ni velar las palabras: "Capones y alcahuetes" los llama don Miguel, simplemente, a algunos de sus enemigos.

MONTALVO, por las circunstancias especiales de su vida de luchador en pugna con tiranos, como también por el temple quijotesco de su alma, ha encontrado en verdad un hermano en Unamuno.

OTROS, de gusto más acrisolado, de más alto sentido estético, gustaron con delectación de la ordenada opulencia, de la prosa de artífice que es la de Montalvo, movida siempre por un soplo genial. Don Miguel la desdeña. Bien está que cada cual tome del acervo magnífico, lo que más convenga a sus particulares tendencias.

MARTINENCHE, profesor de Castellano y Literatura española en la Sorbona, era particularmente apto para juzgar de la prosa de nuestro clásico. Y si es cierto que el acto de la ceremonia, tenía que ser precisamente breve, se hecha de ver en el discurso el amor y el conocimiento de la obra de Montalvo.

EL Marqués de Peralta, que había sido en su juventud amigo de Montalvo, ha conseguido, en bellas páginas, sus recuerdos, que también hemos recogido en nuestro homenaje y que habrán de saborearlas muy pronto nuestros lectores.

FUERA de las personalidades que tomaron parte en el acto de la colocación de la lápida, tenemos que agradecer muy especialmente a Francis de Miomandre y Marius André, quienes han dado a conocer en Francia a Montalvo, traduciendo el uno sus más hermosas páginas y el otro el insigne "Ensayo" de Rodó.

ANDRÉ tiene predilección por las cosas de América y nadie las conoce como él: "Primer Ensayo de Reconstrucción de la Historia de América", llamó a uno de sus libros, admirable de justeza y lucidez. Luego nos dió su "Bolívar", forjado con amor y alta comprensión. Él héroe, en muchos aspectos deformado por biógrafos e historiadores, vuelve a recobrar su fisonomía humana, real. Hay en este libro capítulos de tanto realismo americano, que parecen retazos de historia política contemporánea. Recordad aquel que se titula: "Los Políticos Intrigantes y los Generales Polítiqueros". Parece escrito por un americano que hubiera sido testigo ocular y agudísimo psicólogo de nuestra vida.

ESTOS ensayos y su continua preocupación en la "Revue de l'Amérique Latine" por los libros y personajes de América, han servido y van sirviendo cada vez más, para restablecer en Francia el errado concepto en que nos tenían. Se sabe ya que nuestra América posee algo más que sus llanuras oceánicas y sus forestas vírgenes; se empieza a comprender de qué fuertes y sutiles esencias latinas está hecho el genio de la raza.

FRANCIS de Miomandre es el traductor de nuestro Maestro.

¿HASTA qué punto, la habilidad del artista, puede salvar el escollo de traducir al francés una prosa tan castiza, que le viene, en el tono y en la parte formal de ella, su eficaz virtud, de la lengua misma en que está plasmada? Personas que han leído las traducciones de Miomandre, aseguran que la dificultad está superada—en lo posible, se entiende, puesto que esta prosa jamás podrá tener otro molde que el castellano—por el arte perfecto con que las hace.

ESTA labor que ha hecho conocer a Montalvo en Francia, ha servido acaso para que la ciudad de París dispense por primera vez a un hispano-americano el honor de perpetuar su memoria con una lápida colocada en una de sus calles.

ESTE es el homenaje que no hemos querido dejarlo en la sombra, recogiendo amorosamente todos sus ecos, y que pronto lo daremos en un haz armonioso.

H. P. Z.

FILOSOFÍA MONTALVINA

Fragmentos de "El Regenerador"

HABÉIS de saber que una es la gloria y otra la fama. Un bandido puede ser famoso; glorioso no es sino el hombre de bien que labra la dicha de un pueblo, instruyéndole, libertándolo, comunicándole altos principios que le vuelvan respetable a sus propios ojos y a los de sus semejantes.

La imprenta en manos de los hombres desacreditados, los bellacos, los ruines que la desprestigian con la impostura, la difamación y la grosería, es cosa despreciable para los hombres de bien y espíritu elevado.

La justicia, en los individuos, es la mayor de las virtudes; en los gobiernos, en los pueblos es una divinidad exigente y severa, a cuya devoción no puede uno faltar, sin incurrir en la pena con que los dioses castigan a los peores de los hombres.

Los pueblos torpes son tan despreciables como los cobardes.

Pueblos, moccos, moocos de continuo a fin de que seáis fuertes en vuestra carrera, y los opresores no os detengan con el dedo la gran rueda en que vais girando y adelantando hacia la perfectibilidad humana.

Las pasiones elevadas, nobles, cuyo fundamento es la virtud, cuyo objeto es el bien del género humano, han de fermentar de continuo en el pecho de los ciudadanos que tienen en algo la importancia del individuo y el decoro de la comunidad. Pueblo sin pasiones ardientes, pueblo esclavo; el fuego es elemento de la libertad; la servidumbre nace del hielo.

Jóvenes, oh jóvenes, los viejos son las canas de la sociedad humana; los cobardes, los ruines son sus enfermedades y sus ascos; los pícaros sus pestilencias; vosotros sois su corazón, su sangre; vosotros sois su espíritu, llama ardiente que prendida por el genio de la libertad, sale afuera, salta vivida, se pega a todo, y purifica.

v engrandecce lo que tiene la virtud de despertar su santa furia. Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame.

El amor a la patria, el amor a la libertad, en siendo desinteresado, noble, magnánimo, inagotable, inmenso, lo vuelve santo al patriota, al libre.

El liberalismo es el principio de la salud.

El liberalismo consiste en la ilustración, el progreso humano, y por aquí, en las virtudes, ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de las ideas.

No; la imaginación no se corrompe sino con el ocio; el trabajo libra de la muerte, por que libra de los vicios.

La mirada de Dios es el hilo de Ariadna; tomémosla con el alma, y salgamos a la luz. La mentira es el negro rayo de las sombras.

La paz es el alma de la felicidad de las naciones; cosa grande y respetable a la cual hemos de rendir culto penetrados de reconocimiento por esos sus beneficios tan preciosos como necesarios.

Pueblo, sed libre tirando siempre al bien común, propendiendo de continuo a levantarnos más y más por medio del trabajo y el cultivo de la razón y el corazón.

La libertad no es un bien, sino cuando trae consigo la felicidad.

La verdad es fuerte por sí misma; encendida con el fuego del patriotismo, arde sobre los culpables y consume a los enemigos de la libertad y las virtudes.

Juan Montalvo



Palemón Estilita

POEMAS CORTOS

Del libro "Músicas Irreverentes"

AMOR

Un día
se encontraron
tu tristeza y la mía,
y... ¡cuán dichosos!
Tu te llevaste mi dicha,
yo la tuya,
y hoy... ¡cuán tristes!

LOS LABIOS

¡Ah!, por fin...
Sus labios son
una nueva expresión
de sus ojos.
Tu lo hallaste, Corazón.

TU Y YO

No importa que tu seas un mar:
yo soy el fondo...
Sí, a través de ti
he aprisionado para siempre el cielo.

ADORACION

Si yo fuera ateo,
tendría un Dios:
como soy creyente
le pido perdón.

QUITO—MCMXXXV



César E. Arroyo

BAJO EL CIELO DE FRANCIA

La Exposición Internacional de Artes Decorativas de París

MUY cerca de su clausura y terminación, cuando el mundial acontecimiento, en el que han culminado el arte y la industria europeas, tenía el encanto inenarrable de lo que iba a desaparecer, visitamos la Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industrias Modernas, de París.

La impresión producida por ese alarde del triunfal esfuerzo humano, que en sus ciento treinta y cinco palacios ha reunido y mostrado todo lo que hoy puede realizar para hacer la vida más bella, fácil y amable y para encontrar nuevas formas estéticas, en el ansia perenne de la humanidad por llegar a un punto de suprema perfección; es de las que dejan honda huella en el espíritu y nos ha venido a dar la clave de lo que debe ser el arte en el momento actual en que todo se revisa, se revalúa y se reconstruye en el mundo. Porque de ese conjunto de gritos, de alardes, de líneas, de masas, de equilibrios y de melodías, de ritmos y de euritmias, de desenfados y de innovaciones, ha de salir, es necesario que salga, el arte original de la Post-Guerra.

Desde que se llegaba al *Cours de la Reine*, ante la gran Puerta de Honor y se abarcaba de una ojeada el soberbio e inusitado panorama, sobre el cual el domo excelso de los Inválidos se alzaba eterno, como única nota del arte tradicional; se tenía la impresión de hallarse ante una urbe nueva e insospechada, que no tenía relación ninguna con lo realizado antes; que no se parecía a ningún otro conjunto ciudadano, ni antiguo ni moderno, pues, no había en aquellos edificios ni la más pequeña concesión al pasado. No había una sola reminiscencia de los estilos consagrados, tan repetidos al través de las edades. Ni una sola nota griega, ni romana, ni bizantina, ni arábiga, ni gótica, ni renacentista, ni barroca, ni plateresca, ni de lo que se dio en llamar, hace pocos años, modernista. Comparados los edificios que se levantaron con motivo de otras exposiciones universales de París mismo, de las del 89 y del 900 con lo que hoy se ha construido, hacen aquellos un efecto parecido al de la moda femenina que prevalecía en esa época, en que las mujeres llevaban las faldas

de campana que barrían el suelo con sus largas colas, los cuellos subidísimos, las mangas de una ridícula forma de jamón, y se tocaban con unos deliciosos sombreritos donde había de todo, flores, pájaros, frutas y hasta nidos; y la moda de hoy, de las medias-túnicas ceñidas y cortísimas, de los escotes airosos, de las mangas apenas insinuadas, de los sombreros lisos, de líneas sencillas, en consonancia con los rostros. Lo que se ha querido hacer hoy es una obra de lógica, de verdad y de armonía, conceptos en los que, pudiéramos decir, viene a resumirse el arte moderno.

Así el año de 1925 marcará una de las fechas divisorias en la historia del arte, ya que este año puede considerarse como un punto de partida de una nueva era en la evolución estética. Esta vez se ha vuelto a la verdad en las artes plásticas y aplicadas, después de abandonar la repetición de los estilos caducos. Los artistas que han colaborado en este trascendental certamen lo han hecho movidos por el deseo de aportar a nuestro tiempo realizaciones dignas de él, correspondiendo a sus deseos, a sus gustos, a sus exigencias, en este período único entre todos.

Y donde se muestra más patente la tendencia renovadora es en la arquitectura, aunque en realidad se trata de un movimiento concéntrico en todas las Bellas Artes.

La Exposición que acaba de terminarse ha sido un acto gallardo no sólo de renovación sino de revolución estética, que ha entusiasmado a muchos, que ha indignado a muchos y que ha sorprendido a todos. Diez y seis millones de personas la han visitado; y, entre ellas han habido muchísimas que han exclamado: «¡Ciudad feérica, estamos ante un estilo nuevo, ¡maravilloso, maravilloso!» Otros, se han indignado: «Ciudad boche, ¡horror, horror!» Unos pocos, los que creen estar en el secreto de todo, han dicho: «Nada de novedad!» Sin embargo, es un hecho que se ha encontrado un punto de partida: las malas copias de los estilos antiguos debían desaparecer, porque ellas no correspondían a nuestra vida febril y nerviosa. Antes, cuando se trataba de levantar un templo, necesariamente tenía que ser en estilo griego, románico, bizantino o gótico; cuando se trataba de le-

vantar un palacio, tenía que ser en estilo neoclásico, renacimiento, plateresco o siglo XVIII, siempre con reminiscencias o vistas a un edificio célebre; cuando se trataba de levantar una casa particular, se copaba un edificio de París, de Viena, de Bruselas, de Roma, de Madrid o de Berlín; cuando se levantaba un *chalet*, éste tenía que ser copia de uno de Biarritz, de Suiza, de Andalucía o de la Costa Azul; cuando se trataba de amoblar un edificio, tenía que ser con mobiliario de estilo Luis XIV, Luis XV o Luis XVI, o pompeyano, o imperio, aunque las figuras humanas que iban a moverse y vivir en contacto diario y directo con esos objetos, por su temperamento, mentalidad y costumbres, fueran completamente opuestas y chocaran con el marco que se habían hecho. Y tratándose de una Exposición, ya se sabía lo que se iba a encontrar: edificios pretenciosos, copias serviles de los monumentos célebres, a los que se había fulsificado, achicándoles y añadiéndoles un verdadero montón de hojarasca, de símbolos, de *chirimbolos* manidos y de vulgares estatuas de mayólica. Una valiente reacción contra todo ésto y la afirmación de un nuevo arte, de conformidad con nuestra vida, en el momento presente, con nuestros usos, con nuestras costumbres, con los medios de que podemos disponer, con los materiales modernos de que nos servimos, ha venido a ser la Exposición de París de 1925, que abre otros horizontes, da otras patitas y define, de una manera clara y rotunda, lo que debe ser el arte del siglo XX.

El pensamiento original de ese gran certamen ha sido muy bien concebido y mejor ejecutado. La gran cúpula del domo de los Inválidos ha sido, como dijimos antes, respetada: ningún edificio de altura se le ha puesto delante, y ella—delicado homenaje al arte tradicional—es la que domina. El Patio de los Oficios, *solemne y severo, de historindos* muros bajos se extendía al fondo de la explanada, en el centro de la Exposición, flanqueado por el Teatro y la Biblioteca. Seguían, armónicamente dispuestas, cuatro grandes torres erigidas: «A la gloria de los vinos de la Francia: el champagne, el bordeaux, el borgogne y el turenna». Se alzaban a continuación, formando una maravillosa avenida, los pabellones franceses, a la izquierda y los extranjeros, a la derecha, ocupando toda la gran explanada con sus arquitecturas, a cual más alvreda y original. El famoso puente de Alejandro III había sido transformado en un puente que recordaba los de Florencia, con sus tiendas a lo largo, donde se exhibían los más diversos y atractivos objetos. Sobre la ribera derecha del Sena seguían los pabellones extranjeros, los de las provincias francesas, de las ciudades francesas, la Exposición Colonial y el Gran Palacio. Jardines modernos, compuestos con gusto refinadísi-

mo por verdaderos artistas de la floricultura, ocupaban los espacios que entre las construcciones habían quedado. A lo largo del Sena, sobre la orilla izquierda estaban las secciones de vidriería, de juguetes, de transporte y las atracciones. Los accesos al recinto mágico se hacían por puertas monumentales que se hubrían sobre las principales vías y que rivalizaban entre sí en originalidad de concepción y de decoración.

Dentro del plan establecido, cada uno de los arquitectos había quedado en libertad de desarrollar su pensamiento, dentro de los límites señalados a cada pabellón. Y muy difícil ha sido el papel del arquitecto; en la mayor parte de los casos, teniendo que buscar la poesía, la atmósfera, la luz y el color dentro de reducido espacio. En estas condiciones se construyeron edificios de la más diversa índole, desde iglesias hasta fábricas, desde monumentos a los muertos hasta *muschalls*, desde bibliotecas hasta bares, desde embajadas hasta panaderías. Y la ciudad del arte nuevo se levantó luchando con la dificultad de las dificultades: la insuficiencia de dinero. Jamás época alguna ha sido económicamente más difícil para la Francia. El Estado no pudo desembolsar ni un céntimo para la gran empresa, a causa de la situación angustiosa del Tesoro: los gastos formidables que ha demandado la Exposición han sido cubiertos mediante un empréstito entre los particulares, al que han acudido todos los franceses con sus ahorros; lo cual prueba, una vez más, los gallardos arreos de este pueblo artista.

Todas las obras que se han levantado tienen ciertas características comunes, y en su conjunto, salta a la vista el esfuerzo valiente por crear un estilo nuevo, que apreciado al principio sólo por una élite, producirá, no hay duda, obras maestras, en torno a las cuales, otras obras menos perfectas, pero obedeciendo a un mismo pensamiento, vendrán a agruparse, en un concierto de formas hasta ahora no logradas. La evolución social es continua e imperfectible, y es evidente que a cada fase de esta evolución corresponde una forma adecuada de arte: que si la vida cambia en lo profundo de su ser, tiene que cambiar también en sus múltiples manifestaciones.

Si en el certamen que acaba de cerrarse hubiéramos tenido que señalar una obra maestra de perfección, puede que no la hubiéramos encontrado. Pero esa serie de experiencias más o menos felices, tenía cada una su interés, y todas ellas aportaban una luz a la aurora que está encendiéndose.

Comparados el arte de antaño, y al decir antaño sólo nos referimos a 1900,—que ahora se vive muy de prisa y los cuatro años de guerra fueron como *cinco siglos* para la humanidad—; y el arte de hoy, resulta:

En la Exposición de 1900, el adorno lo era todo, hasta el punto de que venía a disimular la construcción. Los palacios pretenciosos erizados de estatuas, llenos de símbolos y de chirimbolos, ahogados bajo montones de hojarasca; las maderas, los vidrios contorneados, martirizados; curvas por todas partes, adornos a porrillo, no podían ver una superficie lisa sin plantarle su flor o su figurita; todo con el fin de producir un efecto *epataut*.

En la Exposición de 1925, supresión de todo decorado inútil; la simplicidad, la severidad, la serenidad informándolo todo; los materiales empleados racionalmente, el cemento afirmado; la construcción viviendo por sí misma; poco o nada de relieves; la piedra inmaculada en su desnudez augusta.

Los adornos postizos y pegados han sido sustituidos por los nobles revestimientos, ropajes solemnes de los muros: mármoles, pórfidos, malaquitas, estucos; mosaicos de vidrio, mosaicos esmaltados, mosaicos de mármol, cerámicas; guarniciones metálicas.

Los nobles muros desnudos, las amplias superficies lisas no son tristes: la luz y la sombra los besan, se expanden, juegan en ellos, los dinamizan y hacen vivir a las arquitecturas. Los volúmenes simples se acoplan y equilibran en una plástica armoniosa.

Todo alifafe arcaico ha sido intencionalmente suprimido; se manifestó un santo horror por los zócalos, por las grecas, por los cartuchos, por las cornisas, aun cuando éstas sean, a veces, indispensables para proteger los muros.

En resumen, todas las tendencias que se han manifestado afirman el retorno a los grandes principios que engendraron las grandes épocas del arte, en las que los volúmenes y los vanos eran estudiados sin decoración inútil, y lo esencial se encerraba en la proporción y en el equilibrio de las masas.

La verdadera belleza no necesita de perifoneos. Como las diosas helénicas, ella debe mostrarse virginal y desnuda.

Sin pretender entrar en un plano técnico en el que, difícilmente podríamos sostenernos, vamos a recordar algunas de las obras más características de la pasada Exposición.

El Patio de los Oficios.—He aquí realizado un claustro sin arcadas, sin columnas.

El cemento armado permite las anchas cubiertas sin punto de apoyo. En los muros se muestran grandes frescos simbólicos. Al centro un hermoso jardín ornado de grandes vasos. En los ángulos las fontanas, desgranando sus infinitos collares de cuentas de cristal.

Delante del vestíbulo de este patio, en medio de una plazoleta deliciosa se levantaba la Fontana de Lulique, una de las obras más discutidas de la Exposición. Se trataba de una especie de obelisco del cual manaban los

chorros en gradación armónica. El defecto principal que a esta obra se oponía era su forma de escalera. Sin embargo, se había conseguido un hermoso efecto, logrando realizar una pirámide viva, luminosa y dinámica.

Uno de los más logrados dentro de la nueva estética resultó el *Pabellón del Coleccionista*. Un cuerpo saliente, semicircular, de nobles proporciones estaba flanqueado por pequeñas columnas que formaban una hermosa galería, decorada por frescos coloristas. En el eje triunfaba un hermoso grupo escultórico. Los revestimientos de los muros eran de ricos mármoles; y la fachada posterior estaba ennoblecida por un bello friso de Bernard. En el interior de este edificio habían verdaderas maravillas en pintura, escultura, cerámica, orfebrería grabado, encuadernación, tapicería, cuya enumeración, menos descripción, no podemos ni siquiera intentar, porque la memoria es incapaz de retener la imagen de tanto objeto, contentándonos, únicamente, con consignar que ningún objeto de los allí expuestos, desde los tapices hasta las alfombras, desde los grandes muebles solemnes, hasta los utensilios más nimios; desde las estatuas a los *bibelots*; recordaba por su forma ni por sus motivos ornamentales, a otros objetos similares del arte tradicional, sino que, al contrario, se veía en cada uno de ellos el afán, el ansia del artista por encontrar nuevas formas originales y características de nuestra época.

La regia e historiadada manufactura de Sevres, que tantos recuerdos clásicos evoca, construyó en esta Exposición un pabellón pequeño, primoroso y frágil, como una pieza de cerámica, que colocado en medio de jardines de ensueño era como un florido jarrón de la famosa manufactura.

Los Grandes Almacenes de París, que todo el mundo conoce o ha oído nombrar y que, por ésto, no los nombramos aquí, levantaron en la Exposición pabellones en los que desplegaron el lujo, la elegancia y el buen gusto que los ha hecho famosos, presentando, en su interior lo mismo que en su exterior, el último figurín estético.

Había un pabellón de los diamantes, todo de cristal, y que también parecía un diamante.

Todos los edificios de la Explanada eran de poca altura, nobles, sencillos, sin pretenciones, sin ningún esfuerzo por dominar los unos sobre los otros. Las únicas construcciones que se erguían, pero sencillamente, llanamente, sin soberbia de ninguna clase, a manera de modestos centinelas, eran las cuatro torres de que hablamos antes, y que, a pesar de ser muy criticadas, eran bonitas y, sobre todo, adecuadas al objeto para el que habían sido construídas: servir para la exposición de vicerultura y para restaurantes. La estructura de estas cuatro torres idénticas era graciosa. Aquellos miradores superpuestos con vitrales

y flores eran alegres y rientes. En los grandes halls habían desplegado su fantasía los pintores decoradores; y la perspectiva que se dominaba desde los restaurantes era sencillamente maravillosa.

Largas galerías con sus pórticos de mármol y de ricos mosaicos se desarrollaban en torno a la Explanada, dando albergue a la exposición de muebles franceses y extranjeros. Hay que señalar, de manera especial, el hecho importantísimo de que en centenares, acaso millares de modelos de muebles de

toda clase y calidad, no se ha admitido ni se ha expuesto uno solo que reprodujera los estilos y las formas tradicionales, repetidos hasta la saciedad. En punto tan interesante como el mueble, se han buscado también nuevas formas. ¡Nuevas formas! Pues, ¿cómo? Podrán inventarse una cama, una mesa, una silla, que no sean como las que la humanidad ha venido usando, al través de las edades, desde que tuvo la felicísima ocurrencia de inventar tan *indispensables* objetos? En las líneas fundamentales, claro que no; y así el lecho de Cleopatra y el de la Princesa Toa, lechos serán; la silla de oro de Atahualpa y la silla dorada del

Papa Pío XI, sillas serán; la mesa del Concilio de Trento y la de la Conferencia de Locarno, mesas serán. Pero esto, en las líneas esenciales, en la contextura fundamental. En lo demás, cuánta diferencia! En lo puramente ornamental y decorativo, en las líneas que no sea necesario mantener para el objeto y fin de su construcción, qué infinita variedad se puede encontrar, cuantísimas modalidades se puede imprimir. Y era rutinario y era inferior y era necio, seguir reproduciendo los modelos antiguos, tratándose de mate-

riales y útiles para vivir, cuando nuestra vida ha dado cambio tan formidable. Una gallarda afirmación en este sentido resultó la sección del mueble en la Exposición Internacional de Artes Decorativas.

Entre los pabellones franceses que se elevaban sobre la ribera derecha del Sena, se destacaban el Club de los Arquitectos Franceses, que era como un modelo del nuevo estilo; el Pabellón de la ciudad de París, elegante y refinado como la gran urbe; los pabellones de las grandes casas editoriales.

Todo este grupo de pabellones y de jardines, bien dibujados y mejor compuestos daban una impresión plena de mesura y de armonía. Era la fiesta de las flores y de las aguas cantantes, en donde se expandía el espíritu elegante y perfumado de la Francia, que en este certamen estaba representada por todas sus regiones y provincias, en lo que estas tenían de más noble, depurado y característico.

Y al llegar a este punto nuestra crónica, renunciamos a seguir enumerando y describiendo pabellones y más pabellones; tarea que resultaría larga y pesada para el cronista y más para los lectores que, después de todo, se queda-

rían en las mismas, ya que aquello había que verlo y no atenerse a pálidas descripciones.

Pero, imposible, por otra parte, no mencionar siquiera los pabellones extranjeros; y así vamos a hacerlo ligerísimamente.

La Checoeslovaquia nos presentó su arte rudo, en rojo y oro. Los revestimientos bermejotes de los muros eran curiosos; las formas, usadas; las masas, firmes. Una estatua dorada se erguía ante la puerta del edificio, y era como un símbolo de un pueblo fuerte, todo voluntad y ansia de vivir.—(Concluirá).



Monumento a los Héroes Ignotos, erigido en la Avenida "24 de Mayo".—Quito.

Guillermo Bustamante

El Eucalipto Gigante

ME había ofrecido regalar mi vecino, Don Ramiro, unas cuantas semillas del único y mejor eucalipto que de su bosque le restaba y fui en busca de él, saltando por un portillo abierto en la tapia que sirve de linde entre su propiedad y la mía. Seguro estaba de hallarle sombreando, según su vieja costumbre a la hora del mediodía, bajo la alta y espesa copa de su árbol predilecto; por eso, en vez de dirigirme a su casa, tomé por un sendero que, serpenteando por entre los troncos cercenados, conduce al centro de esa llanura, en donde, semejante a un rey abandonado, se yergue altivo, en su soledad augusta, el eucalipto gigantesco.

Sobre una banca de piedra arrimada contra el agrietado tronco del árbol; cubierto la venerable cabeza encanecida por un habano de anchas alas; apoyadas las manos santificadas por el trabajo en sus gruesos y nudosos bastón de *Yanango*, descansaba Don Ramiro, mirando con sus claros ojos en éxtasis la límpida lejanía azul.

Solaz de espíritus delicados y soñadores; recreo provechoso para la mente observadora y pensativa; solemne instante precursor de las grandes producciones intelectuales, la contemplación de la naturaleza constituye, además, un raro y recóndito placer del que sólo gustan los corazones sencillos en los que todavía tienen cabida la sentimentalidad y el romanticismo. Y Don Ramiro, alma transparente a fuerza de mirar el agua y admirar el cielo; talento meditativo que en las aparentes horas de ocio estaba verificando una proficua labor de ideas, hacía de la contemplación un devoto culto cotidiano.

Largas horas asiduas solía estar así, frente al hermoso paisaje andino, paseando su mirada incansable por la excelsitud de las cumbres; purificándola en la unciosa admiración de las immaculadas nieves perpetuas; hundiéndola en la muelle sumidad de los floridos valles; siguiendo la plateada ruta lejana de las aguas viajeras.

Al verme, me tendió, afable, la mano, diciéndome:

—Venga, mi joven vecino, alegre un rato con su compañía esta triste vejez solitaria.

Y, solícito, me hizo puesto a su lado, paternalmente.

—No diga solitaria, don Ramiro —le repuse. —Alce los ojos y mire toda esta noble amistad que le acompaña. La sombra protectora de este coloso parece derramar sobre la meditación de usted una dulce paz propicia.

—Dice usted bien — reflexionó, enmendando. — Este es mi mejor amigo. Cuando me invade la tristeza de sentirme tan próximo a la muerte; cuando, a despecho de mi voluntad, por el peso de los años, mis miembros agotados apenas me obedecen y mi brazo se niega a sostener firme y en alto la bendita arma del trabajo; cuando pienso que la ingratitud de los míos, de los hijos de mi alma y de mi carne, se volvió un día contra mí, y destruyó, por codicia, lo que más amaba yo de mis obras: mi bosque; cuando el despecho de no valer ya para nada me apoca el ánimo y debilita más mis fuerzas, desde lejos mis ojos lo buscan a este estoico compañero de abandono, mi paso vacilante se encamina a este lugar de reposo donde encuentran refrigerio el cuerpo y consolación mi espíritu. Porque, si he de ser franco, le diré a usted, que siempre, después de un rato de sombrear al amparo de sus ramas, me he levantado fortalecido el corazón.

Y alzando con ademán mesurado su flaca mano dadivosa la posó acariciante sobre la áspera corteza.

Después, añadió con pena:

—El también ha quedado solo, como el último sobreviviente de una raza vencida. Miró caer, uno a uno, a su lado, segados por el filo del hacha destructora, a los demás compañeros que con él formaron sobre esta pampa el más hermoso y extenso de los bosques. El se salvó porque el comprador, sea porque considerara una profanación, un verdadero despropósito destruir tan precioso ejemplar de mixtaéca; sea porque comprendió el inextimable aprecio en que yo lo

tenía, como una concesión especial, casi como un regalo, me lo dejó de recuerdo.

Desde entonces, él, de entre los escombros de esta planicie deshabitada; yo, frente a las adversidades de la vida, nos alzamos serenos: él, más hermoso; yo, más humano.

Yo le escuchaba atento, complacido. Una profunda admiración se me despertaba por aquel anciano misántropo, amante del campo, a cuya vida le bastaba, para ser feliz, rodearse de árboles; tener a su lado fieles animales inteligentes; sembrar cada año la tierra generosa, comprender, en el gran libro de la naturaleza, la palabra de Dios.

Se levantó; se paró frente a mí; se bajó más sobre las cejas abundantes el ala del sombrero para que la luz, demasiado viva, no le hiriese en las pupilas y volvió a hablar con su recia voz sonora y fácil que, bajo la azul calma del cielo, sobre la quietud adormilada de los campos, sonaba convincente y grata como la de un apóstol.

—Hace cincuenta años—me decía, indicando en el aire con el brazo extendido toda la extensión de la planicie—es e llano que usted ve, era de una aridez espantable, que sólo de mirarlo dolía la vista y encogía el espíritu. A nadie se le había ocurrido la idea de fertilizarlo. Era la tierra estéril, maldita, de arenas quemantes, en cuyo seno moría todo germen y se inutilizaba toda simiente. Formaba un paisaje triste, miserable, desnudo de toda vegetación, donde el sol reverteraba dando la apariencia de una gran llana que ascendiera hasta un metro de altura desde la superficie de este inflamado espacio de tierra y en toda su longitud. Los únicos amantes de este pequeño desierto eran unas cuantas alpacas melancólicas, escapadas de los potreros, que al caer de las tardes, perfilándose contra un rojo cielo de poniente, vagaban soñadoras, a paso lento, como una triste y vaga reminiscencia del Sahara remoto.

Pero yo, que he sido siempre un incansable adorador del árbol, un infatigable formador de bosques, al hacerme de esta propiedad, tuve, como fué único, el firme propósito de poblar de eucaliptos esta yerma llanura desolada. Fue ardua la empresa. Yo mismo al emprenderla me comparaba a aquellos niños, endebles, delicados, que en la preciosa parábola de Rodó «La pampa de granito», gastaron sus dientes en roer la dura roca; secaron sus fauces en acopiar la tierra necesaria para cubrir la simiente; agotaron el caudal de sus lágrimas en humedecer el polvo, de donde, más luego, habría

de brotar el árbol fecundo. Hube de cavar hondo hasta dar con la entraña viva de la tierra, hasta llegar donde está ya húmeda, con humedad de sangre y de savia, en espera ávida, como vientre virginal, de la simiente que la fecundice. Y fue de planta en planta que tuve que cuidar durante cinco años, con mil proligidades, como a un niño, haciendo traer de lejos, en tiempos de sequía, de los lagrimales mismos de la tierra, el agua que refresque y alimente la tierna vitalidad de mis árboles, amenazada por el fuego de esta arena calcinada, ardiente como una ascua.

Este fue el primero que aproveché de mi novelería, de mi constancia, de mi amor. Con todos los abonos imaginables fue alimentado; con todos mis conocimientos de arboricultor fue atendido; con todo el afán de formarlo así, como un ciclope, mi vida se dedicó a protegerlo y cultivarlo. Y mire usted si no lo he logrado: diez hombres con los brazos abiertos y cogidos de las manos no alcanzan a cerrar el círculo de su tronco.

Y al hablar así, Don Ramiro; al recordar de ese modo pasados tiempos de laboriosidad y de trabajo; al evocar esos felices días de una juventud tan bien vivida y mejor empleada, se enfervorizaba, sonreía de satisfacción, paseándose majestuoso y corpulento, con las manos hacia atrás y con los ojos amantes admirando sin saciarse la espléndida coronación de su obra desde el apegaminado rostro curtido, donde la hermosa barba cana temblaba como un follaje.

Después, prosiguió:

Al cabo de cinco años el bosque estaba ya formado. La plantación, conservando este árbol como centro, se abría en radios que se prolongaban hasta los bordes de la llanura, y, como había seguido siempre en círculos concéntricos, mientras los árboles del medio tenían ya una regular elevación y un color oscuro, los del contorno, muy menores, conservaban todavía ese tinte plumizo propio de su poca edad, las hojas anchas y el tamaño de un arbusto. Pero no pasarían tres años más cuando sobre esta pampa de los Andes se irguió mi bosque, magnífico y soberbio, como un ejército de rebeldes guerreros en guardia, hendiendo tenaz y pacientemente la dura entraña de la tierra con el agudo taladro de sus raíces para absorber la savia que lo nutra y fijar en el suelo la gigantesca talla de sus troncos. A gran distancia dejó oír su voz, potente y ronca, como el canto del océano, cuando el latigazo del viento estremecía su follaje; levantó hasta el cielo sus retorcidos brazos atléticos en un quimérico afán de alcanzar las estrellas;

fue, en fin, un poderoso clamor de vida sobre el regazo de una tierra infecunda.

Yo vine aquí muy joven, apenas tenía veinticinco años; (hoy tengo ya setenta y represento más). Vine recién casado y recuerdo que mi primer hijo nació cuando yo plantaba recién el centésimo árbol. No habrían transcurrido ni cuatro años de llevar una vida dulce y apacible, que el amor y la bondad de mi mujer la rodeaban de dicha, cuando una terrible fiebre me la arrebató a ella de mi lado ¡ay! para siempre. Me dejó dos hijos. Ellos crecieron sin que yo —hábil cultivador de plantas, inteligente formador de bosques— amargado por la pena, pudiera prestarles, a ellos, plantas humanas, una atención asidua. No pude educar su carácter; no pude templan su voluntad; no me fue dado pulir su espíritu ni sensibilizar su corazón. De mí no habían heredado ni la modestia, ni el amor al trabajo, ni la rectitud moral. Su temperamento exigente, inacomodaticio, ambicionando un nivel social y económico superior al que pude darles, les había colocado, varias veces, en situación difícil y apurada.

Una época de crisis azotaba en ese tiempo al país; todo había encarecido de una manera asombrosa, y ellos, acostumbrados al lujo, al derroche, a la ostentación, se vieron de pronto ahogados en compromisos, urgidos por el vencimiento de sus créditos. Entonces fueron a mí que me hallaba en la ciudad, postrado con una larga y penosa enfermedad reumática; fueron ávidos de dinero, ansiosos de convertir en moneda todo lo que me quedaba; y con palabras lastimeras, con súplicas exigentes, «para no manchar mi nombre», decían, obraron en mi ánimo abatido, incapaz de negar, sin fuerzas para protestar, hasta que alcanzaron mi consentimiento para la venta del bosque.

A mi regreso encontré que la tala casi llegaba a su fin; apenas unos pocos árboles, y entre ellos éste, esperaban de pie su turno. Felizmente habían comenzado a explotar el bosque por los cantos, y yo llegué a tiempo, antes de que se consumara el delito; antes de que la torpeza y la codicia abatieran de un golpe toda la pompa de este rey selvático. Diré, mejor, que mi mano contuvo en el aire el hacha que se alzaba para herir. Hablé con el comprador:

Usted dirá—le dije—en lo que estima este árbol, porque primero me dejaré cortar estas manos que lo plantaron antes de que un solo tajo lastime su corteza. El, gracias

a Dios, mostrándose obsequioso y sin indemnización alguna, lo respetó.

Ya para terminar, llamé dome la atención sobre la llanura, agregó:

—Ahora, ya ve usted, restan estos escombros; quedan solamente, como una memoria fúnebre, estos lapidarios troncos cortados a cercén, que se resquebrajan bajo el sol. En otros países un árbol vale casi tanto como un hombre, y despoblar los bosques es considerado tan ruinoso como despoblar de habitantes las ciudades. Sólo aquí, en esta pobre tierra ecuatoriana, yo he visto, con ojos llenos de dolor y asombro, arrancar de las plazas públicas preciosos árboles que constitúan el más significativo de los monumentos.

Sacó su reloj, miró la hora y me invitó a seguirle. Mientras andábamos, él golpeaba cada tronco con la contera de su bastón, produciendo un ruido sordo. Iba a mi lado; más alto que yo, más grueso, su figura aún tenía, a ratos, a pesar de la edad avanzada, una garbosa actitud de viejo dios pagano. Pasó su brazo bajo el mío, familiarmente, y me dijo:

—De seguro le habré cansado a usted, amigo mío, con mi interminable charla; pero es que, cuando hay quien le atiende y le comprenda a uno, resulta tan grato el hablar.

—Descuide, Don Ramiro; usted me ha procurado con su relato la más agradable de las horas, y de sus palabras se ha desprendido para mí la más noble de las enseñanzas. Si antes he sido un admirador del árbol, de hoy en adelante seré, como usted, un adorador de él.

Y franqueamos la portada del callejón que bajaba a la hacienda.

* * *

Hacia el oriente, en una cuenca del terreno, donde la naturaleza había sido más pródiga en sus dones, se agazapaba la casa entre la fronda multitalizada del verde, que se hacía castaño en los nogales; rubio en los sauces; oro en los limoneros; oscuro, penetrado de sombra, en el cono de los cipreses místicos. A lado y lado del callejón de entrada, cercados por puecas, se recortaban pequeños prados donde apacentaban las ubérrimas vacas lecheras, salpicando de sus colores la esmeralda de las gramíneas. Más allá, asimismo en cuadros pequeños, levantaban los maizales sus cañas empenachadas; ondeaba el trigo en un continuo agitarse de sus flexibles tallos; se amorataban los papales con el copioso brotar de sus flores estre-

lladas. Conforme avanzábamos, un dulce rumor de aguas corrientes nos salía al encuentro, alegrándonos el oído como una música; y un fresco olor de retamas, difundíndose en el aire, parecía ser la constante emanación de aquel retiro. En todo se adivinaba el cuidado de una mano amorosa, dotada de una pulcritud casi femenina para tener todo en orden, todo en su puesto, limpio y luciente como una argentada vajilla.

«Pretor», el perro lobo, viejo ya y perezo, a quien las largas caminatas asustaban, tendido bajo el arco del pórtico, viéndonos llegar meneaba la cola azotando el suelo polvoriento. Cuando pasamos a su lado se levantó pesadamente y nos acompañó hasta el cuarto de Don Ramiro, a cuya puerta se tendió de nuevo a dormir.

Un aire austero de costumbres sanas y metódicas se respiraba en toda la casa, donde parecía vivirse sin apuro, sin esa urgencia atolondrada que el desorden presta a todos los actos y pone en todos los movimientos. La vida debía de fluir allí como un cristalino chorro de agua, constante, igual, sin intermitencias. Y la de Don Ramiro, que hacia la muerte iba cerca ya de la desembocadura, como el agua hacia el mar, así lo estaba asegurando desde el sereno remanso de su resignación.

Tomé asiento en un amplio sillón antiguo, de cuero repujado, de esos que hoy constituyen una reliquia preciadísima de la antigüedad, mientras Don Ramiro buscaba afanosamente, de espaldas a mí, en una mesa, las semillas ofrecidas.

—No tengo claro el recuerdo de en donde las puse—decía.—Estaban en una cajita amarilla, de remedios; pero, la verdad, no las he vuelto a ver.

Se acercó a un escritorio embutido, también antiguo, cuyos dibujos de flores y animales estaban hábilmente combinados con maderas claras que resaltaban sobre el fondo oscuro de todo el mueble, y con mano nerviosa e impaciente abrió todos los cajones y rebuscaba entre todas las cosas. Por fin halló una cajita lacre, redonda—no amarilla como él recordaba—y sacudiéndola en alto, risueño como un niño, exclamaba:

—¡Aquí están, aquí están!

Abrió la caja, tomó una semilla entre sus dedos, palpando su volumen y me las ofreció.

—Mírelas, son gruesas—me indicaba.—Creo que todavía estarán buenas. Aquí tiene lo menos para mil plantas.

Después, cambiando de tono, dando a la

expresión del rostro no sé qué singular tristeza, añadió:

—Pero, escúcheme, amigo mío. Antes de nada, hoy que tanto le he hablado de mi querido árbol, quiero pedirle un favor, el último favor.

—Pida usted don Ramiro; me complacerá mucho servirle—respondí, sin presentir.

Entonces, acercando a mi lado otro viejo sillón de cuero, se dejó caer como agobiado, se descubrió la cabeza pasándose luego la mano por encima, de la corona a la frente, arreglándose los cabellos albos y con un aire entre abatido y grave manifestó su deseo.

Quiero arrancarle la promesa solemne de que usted cumplirá exactamente cuanto voy a pedirle. No encierra ninguna imposibilidad ni exige ningún sacrificio. Usted me ha conocido siempre humilde, despojado de toda pretensión, limpio de toda vanidad; no he ambicionado ni fortuna ni honores; ni sueño, ni modesto sueño de hombre triste, ha sido vivir una vida tranquila en la paz de este refugio. Me he vuelto sencillito de tanto amar las cosas, y las he amado porque ellas le han dispensado a mi corazón más confianza que los hombres. He odiado los lugares públicos, los paseos de moda, las conmemoraciones obligatorias; por eso es que mi vida ha gustado tanto del silencio y ha buscado en la soledad el más sagrado recinto para sus sueños. Mi muerte, pues, quiero que sea digno remate de mi vida y que mi tumba esté allá, al pie de mi árbol, en el seno mismo de la tierra, en pleno campo y a todo sol.

Para usted amigo mío, y para todo aquel que supo conocerme a fondo, tengo la evidencia de que más les hablará de mí ese hermoso árbol plantado por mis manos que no una lacónica inscripción en el frío mármol de una lápida. No tengo ya a nadie o es como si no lo tuviera: mis hijos nunca me escriben ni sé donde se encuentran. Así, pues, usted, que para mi ventura ha sido en mis últimos días el afectuoso amigo comprensivo, va a ser el encargado de cumplir la postrer voluntad de este viejo. ¿No es verdad que cumplirá?

Y sus tristes ojos, velados por una tenue humedad de llanto, me miraron ávidos de mi respuesta.

Yo respondí, apenado:

—Tal como usted lo desea, Don Ramiro.

Y sobre mi mano, que descansaba en el brazo del sillón, colocó la suya, ajustándomeela efusivamente, en señal de agradecimiento.

Después, prosiguió:

—Me siento ya mal, sin fuerzas, acabado.

POEMAS DE JORGE REYES

Siempre

está de azul el mar
 en el atlas de mi espíritu.
 Ah, qué risa, ver mi tierra
 siempre de amarillo!

Nuestro planeta se ha hecho
 de tintas de colores.
 A veces, me entran deseos
 de retocarlos, mas pienso
 que da lo mismo
 que esté viejo.

Y, qué diablol, esté sol siempre manchado
 a pesar de bañarse en el océano.

La Torre

de la Merced muerde el cielo
 y parece que va a caer sobre cualquiera.
 La campana mayor empapa a la ciudad
 en su gran campanada.

—Los mendigos,
 de ojos pintados por Miguel de Santiago,
 se ensimisman a la puerta
 como elegantes.

La pila de la plaza
 parece que suena las llaves
 del lego portero.—
 Solo el ojo negro del reloj
 no sabe ver las horas.

Año de 1924

Espero que no tardaré en morir. Dos meses, tres, seis quizá, pero no más. ¡Para eso se ha vivido ya setenta años!

Empezaba a anochecer. Los pilares de los corredores proyectaban ya su sombra, con la luz de la luna, en el suelo enladrillado, y las chicharras cantaban en el bosque ensombrecido. La imagen de la muerte, allí evocada en el silencio de la noche; el presentimiento de Don Ramiro de que había de morir irremisiblemente después de poco tiempo, nos había dejado silenciosos, abstraídos, llamándonos a la dolorosa y triste realidad de saber que tenemos que morir.

—Es ya de noche, Don Ramiro, y tengo que irme le dije, levantándome.— Muchas gracias por las semillas. Va usted a ver cómo de éstas resurje a la vida su bosque inolvidable.

Me acompañó hasta la puerta. Al despedirse volvió a pedirme palabra de cumplir mi promesa, y se quedó solo, taciturno, de pie en la sombra, esperando, resignado, su próxima hora final. Me pareció, al mirarle por vez última, verle como fuera ya de la vida.

(Concluída)

PAGINAS DE ALBUM

El Imperio Galante

En el Album de la Sra. Hipatia Cárdenas de Bustamante

Voy a contaros, Señora, una cosa....
Es una trama que estamos fraguando
los caballeros del Verso y la Prosa;
esos cruzados de ardiente cabeza
que aun rompen lanzas, frenéticos, cuando
los ilumina un fulgor de belleza....

VIENDO que hoy ruedan olímpicas testas
y que vacilan los tronos augustos
sin que se eleven airadas protestas;
que de la tierra se va la elegancia,
mientras impone insolente sus gustos
Nuestra Señora la Insignificancia.

VIENDO todo esto, queremos ahora
resucitar el imperio caído,
bajo un emblema radiante, la Aurora;
custodiarán ese imperio volcanes,
siendo su fuerte poder acogido
desde estas cumbres hasta Magallanes.

PODRÁ ese imperio servirles de asilo
a muchas cosas que están en destierro:
asilo para la Venus de Milo,



SRA. HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

para las flores que no encuentran valles,
para las rubias cabezas que el hierro
de Guillotín descuajó de Versalles....

Y este el secreto: pensamos, Señora,
salir por voz a la dura palestra;
pues donde sirva de emblema la Aurora
y vista flores de lys la Hidalguía,
ninguna frente mejor que la vuestra
para el fulgor de la soberanía....

V. M. Pérez Perozo

Fernando Chaves

LA DISCIPULA

NUNCA quiso contarte aquella historia. Para qué?

Lo he presentado. Por las claras linfas de tus ojos puede pasar, por obra de mi palabra dificultosa, el aletazo trágico de una realidad demasiado dura. Y no quiero que por mi culpa se umble tu horizonte y se llenen de lágrimas tus ojos.

El dolor, ajeno me produce casi siempre un placentero erizamiento de la piel, lo querás creer? Cuando el que sufre es un hombre, ese placer cenagoso diría que llega al cenit.... Pero enristécete a ti que siempre fuiste cariñosa conmigo, no me producirá ese estremecimiento voluptuoso; quizá un apretarse agónico del corazón. Aquí está la causa por la que jamás quise narrarte ese suceso que bien pudiera ser falso. Pero tú lo quieres....

Hizo un gesto cansado.

—No sólo lo quiero, sino que te impongo.

Y la voz metálica, fue como subrayada por el ademán autoritario de la cabecita rubia y rizada.

No mi nena, mi traviesa chiquitina. Estás tiránica esta tarde? Qué ha podido producir ese cambio en tu modo de ser habitual?

Mordía el hombre nerviosamente la boquilla de ámbar. Era ya viejo. Su meticoloso cuidado de hombre de mundo no conseguía hacer desaparecer las huellas profundas que los años habían dejado en su rostro, menos aún en la cabellera de plata detalladamente peinada. Esmeradamente afeitado, pulcro y simpático, el hombre pálido se sentaba frente a la chiquilla juguetona, formando una desigual pareja.

La muchacha se había quedado con el ademán interrogante, coercitivo.

El hombre vacilaba. Con un ruido intranquilo, la boquilla pasaba de una a otra de las comisuras de los labios. No se acomodaba en ninguna. No sabía cómo empezar.

—Acabarás viejo.

Y la chiquilla incitante, felina saltó sobre las rodillas del hombre.

No hizo un movimiento.

—Si es un tormento inútil éste al que me sometés. Tengo la seguridad de que todo es falso, completamente falso. Aparece como verdadero, porque el hombre vive siempre engañándose. Su mimetismo espiritual, en

fuerza de la costumbre, le lleva hasta a resguardarse de sí mismo... Quizá tenga razón... Conoces una enemiga tuya que juzgue tan cruelmente tus actos como tú los juzgas en ocasiones?

Tanto mentir, llegamos a creer verdad lo que sólo fue ficción de nuestra fantasía, muestra muy rara vez. No la podemos dominar ni mucho menos....

El hombre sufría visiblemente.

—Oh!, viejo chocho. Si me querrás dar una clase de moral tan cursi como otras que te he soportado! Ya sabes que para los moralistas, las puertas de mi alcoba están siempre abiertas si el predicador me acompaña; y siempre cerradas, si el clérigo está fuera... Conque, cuéntalo....

Y se puso en pie. Su índice fino y rosado señalaba imperativo la puerta.

—Ya me voy mi niña, murmuró el hombre lentamente, desperzeándose.

Abandonó la butaca. Su delgada figura ponía trazos de sombra densa en la tarde luminosa que penetraba por la ventana como a grandes bocanadas. Cogió el sombrero. Un amplio sombrero gris. Después miró a la rubia. Se acercó. Quiso besarla. Con ligereza de gata se esquivó la hembra. Saltó. Las cortinas de terciopelo rojo se abrían para tragar su silueta....

—Viejo impertinente; no sales de aquí mientras no me cuentes ese episodio de tu vida, que es como un lago en ella. Yo me la se de memoria. Narrada por ti mismo. Cronológicamente. Sólo ese año se ha escapado a mi investigación. Por qué? Le cerró el paso.

—Mujer, ya te he dicho que ese año lo viví tan de prisa que no puedo ordenar mis recuerdos. Conoci la ebriedad de la diela y llegué a pensar con deleite en el crimen. No sería responsable si mis evocaciones fueran mentirosas.

Tal vez tuvieras celos. Y de quién? De una muerta que se te parece mucho. Revives tú el milagro de su carne radiosa, a través del tiempo, con tan milagrosa perfección, que si no fuera porque eres de un país tan distante, creería que... Se detuvo. La voz era difícil.

—Creería qué? Por qué no lo dices?... Le miraba anhelosa, la mirada fija.

—Nada. Tu ignoras hasta mi verdadero nombre. Vengo de tan lejos, aventado por rílagas desconocidas, y... qué de particular tendría esto, realizado hace siglos, en otra vida que ya pasó... al menos así me lo parece...

Estaba serio, sombrío. La mujer, asustada.

—Después de todo, continuó, habría saboreado todo lo prohibido y mi planta que ha hollado todas las arenas, ya no sería envidiada por mi espíritu que aun no cree haber burlado todas las vallas frágiles de la civilización... Es tan dulce ir sin freno por la vida... No reconocer la fuerza inútil e inmensa de los convencionalismos de los hombres... pero tú no eres más que una pobre mujer manchada por las pezuñas de los sátiros que viven en selvas de casas y que exacerban su lujuria, gruñéndola al través de flautas complicadas y mecánicas... No eres más que una pobre ninfa ya violada por estos hombres bestiales, roídos por los errores y el absurdo.

Tú has de sufrir después. Yo ahora..., después, no.

La hembra dudaba. Ya no tenía el firmísimo deseo del comienzo. Sólo la poderosa seducción del misterio y la vanidad del imperar sobre el hombre, le hacían persistir débilmente.

De improviso pudo más la eterna sierpe de la curiosidad, enroscada, desde hace milenios, al débil tronco de la razón femenina, y, ávida, presurosa, con un rictus blasfemo en los labios pintados, gritó:

—¡Dios santo! Habla! Sea lo que quiera. Intentas asustarme?

El hombre tuvo una última vacilación. Parecía que una dulce llama se apagaba en sus pupilas. Se resolvió. Su rostro se hizo duro. Su perfil aguilino se recortó en la luz potente con relieves nítidos y crueles. Semejaba un ave de presa cayendo sobre la víctima.

Rompí a hablar. A silbos. Nerviosamente. Con ecos de caverna.

—Lo quieres saber? Síbelo.

En mi juventud alocada y bohemia no fui el varón despreciable que tú has conocido y amado en sus últimos fulgores de macho. Mi paso elástico y mi testa erguida y desafiante vencieron muchos pudores. En el amor, como en todo, me fascinó lo ignorado. Una sensación nueva era deseada por mí con la misma vehemencia que aquellos sublimes locos del Año Cristiano pedían el martirio... hasta me habría quitado la vida si hubiera visto probable saborear el placer que en esa fuga eterna, en ese amonadamiento ha de existir. Ese verberar cru-

giente de mi alma en pos de nuevos espasmos me la ha dejado cansina, anémica, tal vez antes de tiempo...

Por la ciudad provinciana, recogida y pacata en que nací, pasó, cuando yo tenía 22 años y se ensayaban mis alastrómulas de ave jinera, una tribu asquerosa y hambrienta de gitanos. Hace de esto tanto tiempo que los detalles ya no surgen en mi memoria. Es ese un suceso vulgar que apenas agita el estanque lleno de fieno de la existencia pueblerina. Para mí no fue lo mismo. Entre esas gentes extrañas podría encontrar algo desconocido en materia de goees. Esas mujeres de cabellera untosa quizá poseían recónditos secretos y eran sabias en amor... Fui a verlas. Bajo las toldas mugrientas, poco me llamaron la atención las figuras astrosas de los hombres, hediondos tratantes en caballos.

El jefe de los zángaros, un viejo atlético, dueño de una hermosa barba auri-bronceada, que enmascaba el rostro fieramente viril, adivinó al punto mi condición. Un jovencito rico que no regataría el dinero si de encontrar placer se trataba. Vino a mí con gran presteza y haciéndome reverenciosas zalemas:

—El patrón no quiere caballos, verdad?

—Quiero conocer las hembras gnupias que tengas, completé, desvergonzadamente, su malicioso pensamiento.

Me miró fijamente el vagabundo. Mi elegante apostura le decidió de pronto.

—Está bien. Sígame.

Y me condujo a una tienda un poco más limpia. Un perfume escogido y el olor embriagante de una juventud femenina y briosa, la saturaban. Mis narices ávidas, ventaban la presa.

Entre...

Y el viejo se alejó.

Poco duró mi vacilación. Penetré. Sobre una alfombra oriental y reclinada en muelle almohadón de seda descansaba una belleza rubia y espléndida... Saludé. Desenvuelto y experimentado, fui a ella.

En sus ojos azules, de un azul deslumbrador y dañino, no pasó nada. Me miró sin odio y sin afecto, quizá con asco. Uno de tantos, pensaría. Y no era así. Yo no iba de paso. Junto a ella, en la sombra abstrusa, crecían amenazantes las llamas del deseo, que me encadenarían fatalmente a su belleza trágica.

Tú lo sabes muy bien. La escena de siempre. Sólo que yo no me alejé. Sentí la mordedura del Destino en mi espíritu desaprensivo hasta ese día. Salí trastornado de la tienda. Busqué al viejo y le lancé a la cara mi deseo.

--Me quedo con Livina!

Sonrió. Hizo sonar las falanges con un movimiento característico y expresivo.

--Lo pago muy bien

--Convenido.

Mi fortuna sufrió un buen golpe, pero ya imaginé que Livina era mía para siempre.

Huí con ella de la ciudad natal.

Erré sin rumbo bajo muchos cielos y sobre el dorso movable de muchas olas. Cruzamos las arenas caldeadas donde demora la Estiége milenaria, y anduvimos sobre la estepa gélida en una *troika* resonante. Su cuerpo jarifo y bellissimo se cubrió con un albornoz de nieve para admirar el linceal arte egipcio y con la pelliza de marfa para patinar en el Duna helado. Se cubrió su rostro con el *tcharchaf* y se tocó su cabeza con la mantilla de madroños en una tarde calenturienta de Sevilla... Pero huí siempre de mi continente perezoso y pródigo. Conocí del brazo de ella los arrozales, del Nipón, el Fusiyama, los paisajes eternizados por Outamaro, pero no quería que me acompañara en la convulsión de la tierra que se llama los Andes... Temía sin encontrar motivo.

--Por qué no me llevas por tu tierra?, me dijo un día.

--Para qué?

Y me encogí de hombros.

Volví a la súplica con insistencia desesperante.

--Prepárate, nos vamos a la América mía, la sorprendí una tarde, en Marsella.

Y venimos. Llegamos a Quito. No lo supe, por eso no lo evité. En la ciudad de Benalcázar demoraba una tribu de la raza maldiva.

Yo era feliz. Livina me extendía en el tiempo y el espacio. Fue madre, y nuestra niña no tenía patria porque nació en un trasatlántico. Era el trasunto de su madre y había heredado mi gallardía racial de conquistador. Tenía un año cuando estuvimos en Quito. Ahora, tendría tu edad.

Volví del Club muy tarde. Noche estrellada y diáfana. Subí a mis habitaciones del Hotel. Las encontré vacías. Livina había fugado con la niña. Largas horas lloré abrumado por el dolor inenarrable. Verifiqué averiguaciones. Los gitanos habían levantado sus tiendas y partido sin que nadie supiera el rumbo que tomaron.

Mi Livina, sintió en la sangre abyecta el hervor demente de la andanza miserable y

me abandonó. Y se llevaba mi prolongación, mi otro yo, pequeño e inocente...

No supe más de ella...

--Y qué, por qué te callas?...

--Bah, chica, nada. Que te pareces mucho a esa desventurada que huyó de mí sin causa.... Que si no vinieras del fondo de la Hungría, diría que eres tú mi hija...

--Estúpido, y no lo has comprendido en la mimosidad mía para contigo, que como hombre nada vales ya? ¡Viejo sensual, jactanciosamente torpe, que ya creías haber pisoteado *lo establecido* con tu feo impudor, habrías vacilado si yo te enseñaba tu retrato que llevo en un relicario que jamás se separa de mí...

Arrancó el medallón del cuello albísimo. El vidrio, herido por el fino zapatito, se quejó como con angustia, fingió una lamentación pudorosa...

Y no me mires como idiota... Creí que tu parecido fuera de coincidencia. No lo es. Tú me has dicho. Y que de nuevo tiene *esto*? Así son los hombres sin preocupaciones...

En tus voracidades librescoas, no llegaste a la Biblia, y no supistes del supremo desdén de mi raza escarnecida, para estos que vosotros llamáis vínculos y que no son más que trabas para los débiles...?

Ven, padre mío. Haz feliz a tu hija...

Y le invitaba libidinoso, comenzando a desnudarse...

Y el hombre sin prejuicios, quedó aturrido ante la insolencia de aquella hembra que venía de él mismo, desde las obscuridades de su pasado de licencia, de misterio. Nunca la había visto así. Altanera y orgullosa. Siempre se doblegó a sus caprichos. Ahora le retaba. Y era él mismo, redivivo, procrez, desafiante y libertino. Toda la vergüenza de su vida despreocupada y anormal, afluyó a su rostro en ese minuto lúgubre y huyó de la hembra provocadora, a quién creían aleccionar y librar de prejuicios...

En las sombras de la noche, su fantasma de albura ingrátida le persiguió por todas partes. Tentadora e impúdica, su hija, la llamaba vampíresca filial, reviviendo sus indomadas lujurias...

Otavaló, Marzo de 1926



Augusto Arias

De "El Corazón de Eva"

Invitación al Castillo del Mar

PASAD. Mando a mis guardias abrir las puertas rudas
de mi feudal castillo, por dar paso a tu grey...
Si como a un viejo príncipe de versos me saludas
es justo que te muestre mis bondades de Rey.

Y llegan tus vasallos. Son veinte mil soldados
que me dan, reverentes, tu saludo imperial.
Yo te envío con ellos cisnes decapitados
y la pluma orgullosa del mejor pavoreal.

El bufón de tu corte me trae tu presente:
tus cabellos de oro en un rico pendiente
y tu gentil llamada al Castillo del Mar....

Perdón si no agradezco tu fina cortesía,
que ya sonó el vibrante cuerno de cacería
Y yo tengo una Corza tímida que apresar.

Adelfas

¡Oh! Me agoto en la noche
y ya no puedo amar el pleno sol del día,
y en tantas vigiliás
voy haciendo el jarrón de ausa dorada
para que tu en la rubia
mañana, deposites tus adelfas.
Y cuando brilla el día
me halla el sueño dejado por la noche
y a tus flores las veo
en el sueño sin sueño del desvelo
más no puedo gozarlas
vivas ya y llenas de rocío.....
Oh, tus flores sin ti, y en mí, nocturnas,
sólo soñadas.
Oh, tus flores sin mí, vivas de día
y en mi jarrón inútil olvidadas.

Fantasia del Lago

Si. Tu miraste al lago dormido. Se bañaron
tus ojos en el agua. Las estrellas de tus ojos
en el cielo volcado milagrosas se quedaron.....
Yo he de buscar en el lago los luceros de tus ojos.

Besas aliva el aire de la mañana juguetona
y besa el aire el oro de tu cabeza de imperiosa;
yo he de buscar tu beso en la noche que abandona
en mis brazos causados su negra cabellera misteriosa!

En la noche sin tí, enferma de vigilia y de imposible
retorcida en las manos de un demonio jubiloso,
en la tiniebla azul que es para tí invisible
por la que va mi espíritu como un nardo oloroso!

Oro joyante y regío de tu diadema de zafiro
buena para tu frente de luna y alabastro:
con mi grandeza pobre bajo el cielo deliro
y voy a encanecer con el chorro de un astro.

El cielo se ha volcado sobre el lago pensativo
para engastar los luceros de tus ojos....
Sobre el cielo volcado mi beso está cautivo
y se hiela en el agua por encontrar tus ojos.

POEMAS

Para la Revista AMÉRICA

I. CLARIDAD

No hay dulzura más honda que aquella de llevar
siempre en el alma tu canto ansioso de brotar;
y vivir como en éxtasis, sintiendo día a día
el aroma de ensueño y paz que nos envía
Jesús, en misteriosos ramos de Poesía.

Quien a sus labios trémulos acerca la canción
(agua bendita para la sed del corazón)
olvida del sendero la gran desolación.

Y halla un sentido mágico, fraterno, en cada cosa:
en la llama y el polvo, en el cardo y la rosa.

Para él toda alegría
es tributo a su fe y a su melancolía.

Y ve en cada dolor
un nuevo llamamiento de belleza y amor.

II — OMAR KHAYYAM

En el límpido cáliz de la rosa,
vibra una abeja grácil y ligera.
A tu gloria bebamos ¡Oh Khayyam!
en este amanecer de primavera....

La púrpura radiante y voluptuosa
del sol de ocaso enciende la pradera.
A tu gloria bebamos ¡Oh Khayyam!
en este atardecer de primavera....

La luna es un tatuaje en la ardorosa
espalda de una dulce bayadera.
A tu gloria bebamos ¡Oh Khayyam!
en esta noche azul de primavera....

III. — INVOCACION

Para que mi mano
sea como una venda de frescor arcano
que alivie la herida
honda del hermano,
¡Oh Dolor: alúmbrame la senda escondida;
vamos adelante, tu mano en mi mano!

Vamos adelante,
en la noche llena
de gritos de anhelo, de angustia llameante.

Que sea serena
mi palabra, y lleve tan clara dulzura
que, oyéndola, todos
puedan olvidar su sed y amargura,
y ya para siempre sientan en su vida
y en su alma de fe estremecida,
el fulgor vibrante
del inmenso Arcano....

¡Oh Dolor: alúmbrame la senda escondida,
vamos adelante,
tu mano en mi mano ...

IV. — EXTASIS

El humo azul y lento de una choza aldeana
se eleva como incienso en la limpia mañana.

Vibrantes resplandores coronan las colinas.
Sobre el arroyo vicieno y van las golondrinas.

En el fresco ribazo, mansas y musicales
ondean las espigas de los blondos trigales.

No hay árbol que no oculte en su fronda algún nido,
ni arroyo cuyo borde no se halle florecido....

Y lleno de una intensa claridad jubilosa,
todo mi corazón se abre como una rosa ...

Gastón FIGUEROA

(Montevideo — Uruguay 1926)



Srta. Mariana Borja Alcázar

EL HADA DULCE

NO es la mía la flor que Samain perfumara,
ni es la griceta cándida que conserva Lutecia.
Ella es un nardo fresco, es una gota clara,
es un junco vibrátil reverdecido en Grecia.

LA danza le seduce, la música le encanta.
Ella vive en escena y todo lo aprisiona.
En sus pupilas negras hay fuego de Atalanta
y en su óvalo de nácar sonríe una madona.

LAS sierpes del recuerdo despertaron sus manos.
Vive en su voz un eco de quejidos paganos.
Llena de esencia mística sus pupilas extrañas.

Y es como el hada dulce, grata dispensadora
de esas tristezas tenues que mi espíritu adora.
Tiene largas, sedosas, perfumadas pestañas...

HUGO MONCAYO

Angel M. Paredes

HISPANOAMERICA

Primera Parte: LOS ORIGENES

III

Hemos visto la política religiosa europea, y nada de singularmente mortal hemos descubierto en la segunda por el gobierno de España. ¿Qué diremos de la religión sentimiento popular y del trabajo filosófico-teológico de la misma?

También es un inglés, Jonh Chamberlain, quien, en su obra «El Atrazo de España», ha dicho: «Todo eso de la religiosidad del pueblo español es pura leyenda. *El pueblo español no ha sido nunca religioso. . . . La religión en España fue durante muchos siglos cuestión de conveniencia, mientras hubo moros que combatir o que expulsar; después ha sido en los más un hábito muy arraigado, mantenido por el temor, y en los menos una exaltación mística que con el apoyo de la fuerza se imponía al resto de los ciudadanos.*—«La clase obrera, lo mismo en la ciudad que en los campos, se muestra hostil a la Iglesia; lo que sucede es, que en muchas ocasiones esa hostilidad no se atreve a exteriorizarse por miedo, por temor, porque la clase obrera española especialmente la de los campos, es sumamente dócil».—«La clase media, en su inmensa mayoría, es incrédula también. Las únicas que conservan la fe son las mujeres, pero como esta clase procura imitar a las más elevadas, y no resulta de buen tono ser incrédulo, por eso se disimula la falta de fe y se finge un fervor religioso que no se tiene».—«Ann entre los aristócratas abundan los incrédulos, pero se considera como un deber y como una necesidad para mantener el prestigio de la clase, prestar apoyo incondicional a la Iglesia, y de aquí el fervor de que hacen ostentación los ricos y los nobles».

El sentimiento religioso de que tanto alarde hicieron en otro tiempo los españoles, atribuye Chamberlain, más bien que a natural inclinación del espíritu en ese pueblo, a la exclusiva imposición procedente de las altas esferas oficiales y políticas. Una declaración de este género parecía hallarse en las frases de Felipe II cuando escribe al Emperador: «El interés del Estado está de tal modo enlazado con el mantenimiento de la

religión, que ni la autoridad de los príncipes ni la concordia entre los súbditos, puede subsistir con las religiones diferentes». Pero la impresión instantánea, de medida puramente política, que pudo desprenderse de lo anterior, es borrada al momento, por el más fanático de los Reyes de la Península, quien continúa: «Preferiría perder todos mis estados y hasta cien vidas que tuviera, antes que ser Señor de herejes»; ¡cuán lejos esto de la frase de Enrique IV, miles de veces repetida: París bien vale una misa!

No tengo interés por hoy, de estudiar las transformaciones sufridas en España en cuanto a las creencias ni el actual estado de ellas en la Península, me basta determinar lo que fue la religión para las huestes conquistadoras de América y el estado general de este sentimiento en su tiempo.

Los soldados castellanos, como todos los de Europa de entonces, eran profundamente religiosos, la nota de la época, en cuanto a creencias, la sentían con viveza: como entre las breñas de Cobadonga, en las ásperas sierras del Perú o en las playas de Centroamérica o de Méjico, la devoción se convertía en alucinaciones de milagros; por perverso que fuera el hecho, por inmoral que lo fuera—traiciones, matanzas y perjurios—siempre la Divina Providencia estaba para ampararlos y su protección se convertía en visibles prodigios. Tal es el amargo reproche que con frecuencia hallamos en las páginas de la historia de González Suárez.

Es que sonaba aun en los oídos de los ejércitos cristianos como clarinada de guerra sin clemencia las promesas del Vaticano que, al señalar a la execración de Europa a los detentadores del Santo Sepulcro, dijo a los cruzados: todo crimen contra los infieles está permitido y es origen de bienaventuranza; nuevo jardín de purificaciones, en los ríos de sangre sarraecena hallaréis la gracia y será el bautismo de toda purificación. Por eso el torrente Cedrón volvió a ser rota arteria de sangre; y nuevo Rey de burlas, Manfredo cife la corona de efímeros triunfos; por eso también que en la América descubierta por los hombres blancos, luego de humillarse en el polvo los fuertes guerreros

y asistir al sacrificio de la Misa, iba el soldado de Castilla, irresponsable ante su Dios y alentado por sus jefes, a incendiar poblaciones, a saquear graneros, a prostituir doncellas, a violar juramentos: la promesa hecha a los infieles no los obligaba. Es curioso leer en los cronistas de la conquista, la ingenuamente sacrilega invocación a la Divinidad, para que los proteja en sus infames proyectos.—El rudo e ingenuo Bernal Díaz del Castillo en cada capítulo de su «Conquista de Nueva España» tiene ocasión de atribuir a Dios, el feliz resultado de una operación militar o la salvación de una emboscada o sorpresa.

En realidad, no era obra de la pura política las vivas manifestaciones de fe, era íntimo convencimiento del español y móvil o estímulo de gran parte de sus acciones. Lo hondo del sentimiento religioso se descubre en la literatura de los tiempos heroicos de la Península, y nos daría perfecta demostración con sus «Autos de Fe» y sus «Misterios», si tales detalles no excedieran de los límites de éste trabajo.

Claro que la ruda fe de esos soldados era constante sacrilegio y desconocimiento de las enseñanzas cristianas. Y llamo soldados: tanto al guerrero armado de la lanza como al clérigo armado de la Cruz; ¿no fue el Padre Valverde quien aconsejó y hasta instigó al triple crimen de perjurio, traición y asesinato cometido en la persona de Atahualpa? Por otra parte, ¿hasta qué punto será posible afirmar que sólo hubo mala fe en los conquistadores al señalar los motivos de acusación contra el Monarca del Perú: «por idolatría y por haber contraído matrimonio con muchas mujeres»? ¿O se revela ahí lo inconsciente y ciego de un catolicismo absurdo y fanático?

Después de todos los crímenes y junto a todos los abusos, permaneció eso sí, inquebrantable la creencia en ciertos principios y prácticas. Gonzalo Pizarro, el violento gobernador de todas las tierras del Perú, caído desde la más alta prosperidad a la humillación mayor y condenado a muerte, recibe con viva contrición y con santa humildad la bendición del sacerdote que va a limpiarlo de toda culpa.

IV

Pensando en lo externo, en lo superficial de la práctica como vehículo de fe, es de seguro, que afirmó Chamberlain lo que copiado dejó, y sobre eso mismo se funda este decir de Fouillée en su «Bosquejo Psicológico»: «La religión española ha permanecido extraña a toda metafísica, y no ha conserva-

do en mayor grado el sentido profundo de la moral de los dogmas. Es ritualista como la de los romanos; pero en vez de la radical indiferencia que había de caracterizar a la fe italiana, el español mostró todo el ardor del fanatismo. No proviene de ordinario el fanatismo del español, como el del alemán o del anglo-sajón, de un impulso interior místico, de un pensamiento absorto en Dios, sino que es más bien la devoción inflexible y ciega de los actos externos de la religión. El fanatismo, se ha dicho con ingenio, es a la religión lo que los celos al amor; y el español es demasiado celoso para no ser también muy fanático».

Si la falta de metafísica y de la alta filosofía moral del dogma, lo afirma el escritor francés de sólo la multitud, del pueblo creyente, a tal afirmación no tendríamos otra cosa que oponer sino que este carácter es la marca común de todos los pueblos, con una diferencia específica acaso, entre latinos y germanos, como se ha repetido con excesiva frecuencia: la religión en los unos es emocional, hecha de sangre, pasión y sentimiento, y entre los germanos es juicio o razón que justifica o condena la creencia. Pero en uno y otro caso el fanatismo oruento puede ser y ha sido una realidad. Mucho más sombríos son Calvino y Lutero con sus intollerancias y atropellos, obra de la reflexión fría, que las exaltaciones de las exuberancias sentimentales con que, en muchas veces, las multitudes se hacen justicia. Por obra de ese matiz tomado por su sensibilidad pasional, se vió a los españoles cristianos acorzar a los judíos «con odio inmortal, con una sed de destrucción, que el hierro y el fuego, las torturas y las hogueras, no saciaron jamás»—según ha dicho Michelot.—Además, cabe siempre contemplarse en esos desbordamientos de pasión, que junto a la dirección visible, al aspecto saliente, hay los tenues hilos de una multitud de otros principios coordenados: en el caso de los judíos al desprestigio religioso acompañaba los largos y crueles siglos de explotación económica por su causa.

No es solamente el conocimiento razonador de un dogma, principio o misterio lo que constituye la religión individual o del conjunto, sino además la fe convertida en amor, la virtud en triunfo, y el espíritu que adora revestido del arte y del color; algo de pagano debe haber en cada religión para que pueda hablar profundamente al sentimiento humano: la forma se purifica en el místico y es en la voluntad brote de acción (San Francisco Javier o Ignacio de Loyola); en la multitud es embriaguez de amor o espasmo

de angustia con mezcla de piedad; y en todo caso llega a ser lo supremo en el fenómeno religioso, fuente de sentimiento. Juan Jacobo Rousseau herido por la viva impresión de los resplandecientes oros del altar iluminado en las solemnidades del culto católico, casi dominado por esa religión, es viva muestra del sentimiento místico de los latinos. Los puritanos ingleses, rígidos observantes de una moral austera, pero que no han puesto sobre cada acto algo de sentimiento sino mucho de juicio; no llegarán al misticismo puro, porque éste es ceguera en la deslumbración, plenitud intuitiva de conocimiento, quintesencia de la imaginación que destila el sumo de toda apreciación con el fuego suprainsensible del sentimiento.

Bajo otro aspecto formalista, pagano, que puede comprender el ritualismo del dicho de Foullé; creo que es el aspecto menos español de la religión. La fiesta, el culto público me parece en España no otra cosa que una diversión popular, un origen de regocijo; los «Misterios» hicieron del templo muy pronto un escenario de la vida real, donde se repetían a veces no muy edificantes costumbres. Los escándalos hicieron cerrar las

puertas a tales representaciones. Y ese aspecto del culto a quedado en América fuertemente atampado. La *novena del Niño*, fiesta medio católica y medio pagana, reúne en un estrecho recinto la devoción y un licor-ambiente profundamente afrodisíaco; al rezo sigue el zazo y el contento. Nuestras fiestas de Corpus fueron una exhibición de trajes, joyas y tapices; nada ganaba la religión con ellas, y si el fanatismo de nuestros gobiernos liberales hubiera sido algo más consciente y no hubiera procedido en ocasiones, de simples alardes, no habría impedido tan hermosas fiestas populares y habría señalado los aspectos de irreverente y pagano de esas manifestaciones, para que la protesta surja de los mismos incitadores.—Representaciones de «Misterios» aun son muy frecuentes en nuestras pequeñas villas campesinas: la Madre de Dios con un vientre artificial hasta la media noche del 24 de Di-

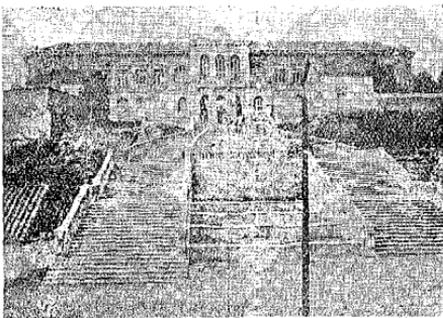
ciembre; los Reyes Magos y Pastores que llegan con presentes y cánticos al Niño. Y en las sombrías solemnidades rituales de la Semana Santa, las vivientes representaciones del descendimiento; por ejemplo, o el dolor de las tres Marías.

¿Y en lo tocante al ritualismo desviado de las concepciones católicas y preñado sólo de reminiscencias árabes o célticas? Este aspecto del culto popular se lo ha constatado viviendo en todos los países civilizados; y si de alguno pudiera afirmarse que es el más conservador en tal sentido, no sería del español sino de una de las islas de la Gran Bretaña, Irlanda. Entre la abundante colección de datos que nos trae Scbillot sobre el paganismo contemporáneo, sólo voy a transcri-

bir la siguiente página relativa a la purificación de la mujer después del parto

«Hasta qué se celebra la ceremonia de la purificación, la mujer está expuesta y expone a los demás a numerosas deshonras: en su casa le consideran impura, y en Berry come aparte y no debe trabajar, o su hijo será ladrón, ni tocar nada ni a nadie. En el Norte, de Inglaterra, la que entra en una casa

lleva a ella la mala suerte; si, encontrada, recibe insultos y golpes, no tiene, según se asegura, ningún recurso legal. En Francia, donde no hay tanto rigor, se cree sin embargo que si va a casa de una nodriza, se queda esta sin leche, que su entrada impide que la ropa blanquee, que hace agriar el vino y que el agua de los pozos o de las fuentes de la que toma se enturbia o se convierte en sangre. En Mentón le atormentan los espíritus malignos si rebasa los plazos ordinarios».—«Muchas mujeres de Northumberland no osaban salir de casa sin haber puesto un pedazo de carbón en el dintel de la puerta. En Irlanda, donde está aun más severamente prescrito a las que todavía no han sido purificadas, permanecer en casa, salen, no obstante, impunemente si se cubren la cabeza con un trozo de su techo, ladrillo o madera; de esta suerte puede afirmar ante el sacerdote que no ha salido de debajo de su techo. Las campesinas de varios municipios



Colegio «24 de Mayo» de señoritas. Quito

pios de Girona emplean el mismo procedimiento: llevan a la cabeza una teja que el marido ha arrancado del tejado de la casa y que representa para la parida el propio albergue» (1).

V

Señalado, como no puede descubrirse en el conocimiento popular de las religiones ni de las prácticas supersticiosas que las acompañan, un sentimiento metafísico ni teológico; veamos si la ciencia de la ontología cristiana, nada debe al esfuerzo reflexivo de los pensadores ibéricos.

Colocados en el plano histórico del tiempo del engrandecimiento de España por las conquistas efectuadas en las tierras occidentales, tenemos, que la perspectiva de su vida anterior ya diseña figuras tan altas y de esplendor tal, como Prudencio, San Isidoro de Sevilla, Remundo Lulio, etc., entre los cristianos; y almas de tanto valor espiritual y de tanta pujanza filosófica o primor místico, como el Padre Santo de la Sinagoga hispaleuse Abul-Hassan, o Salomón-ben-Gabriol, Abubeker-ben-Tofail y otros judíos y árabes de la España conquistada.

Junto a la gala y al ingenio que brotaba en las tierras ibéricas—por los tiempos llegados—en forma de una literatura profana sana y abundante, brotaba también la efusión de las almas caldeadas de viva fe en los maravillosos himnos de San Juan de la Cruz o de Fray Luis de León, o en las prosas incomparables del Padre Granada. Y debemos recordar que para esa apariencia casi supra-humana del espíritu que canta en el himno místico «no basta la mera devoción y el bien entendido fervor cristiano . . . sino que el intérprete o creador de tal poesía ha de ser encumbrado filósofo y teólogo, o al menos, teósofo, y hombre que posea y haya convertido en sustancia propia todo un sistema sobre las relaciones entre el Criador y la criatura»; y pocas entre las literaturas cristianas podrán compararse a esta de España, en los quilates de oro puro del sentimiento y en la excelencia del trabajo de orfebre agotado en el arte de decir los místicos transportes.

VI

Pulimentando, y aún mejor, debastando todos los excesos de afirmación sobre el fatimismo o la irreligiosidad de los españoles,

procuraremos sintetizar cual es, a nuestro modo de entender, la naturaleza de los sentimientos religiosos traídos por los conquistadores a estas tierras de América.

1.ª La religión fervorosa y crédula en el pueblo, cuyas enseñanzas no combatían sino fomentaban, en algún sentido, el quebrantamiento de las reglas morales de la preceptiva cristiana; 2.ª El proselitismo, que fue imposición a la fuerza de las fórmulas de fe que enseñaba el predicador, dibujando, más bien que imprimiendo en la conciencia, dando hábitos más que conocimientos; y por fin, la costumbre, convertida, por serlo, en imposición y tenacidad por conservarla (creo que ningún pueblo es tan tradicionalista ni conservador como el español).

He dicho cómo, en algún sentido, es la misma religión católica que favorece el quebrantamiento de sus reglas morales. El rigor del castigo eterno de un infierno sin fin aplicado a las faltas de diaria ocurrencia en el hombre, hizo imprescindible la atenuación de la amenaza con el remedio de la confesión: si pecáis siete veces, las siete veces os serán perdonadas, y si pecáis setenta veces siete, o siete mil setenta, todas, todas las culpas pueden ser lavadas; así como todas participan de una misma pena, el suplicio eterno. Casi, la clemencia Divina resulta entonces una complicidad; y esta preceptiva dio a los españoles la fórmula del arrepentimiento: ¡Señor, te he ofendido pero no te he negado, la fe purificadora. Por eso también que Lope de Vega mientras con su corazón anegado en amargura lloraba el devaneo de sus galanterías, ante el altar, confiando en la misericordia divina buscaba alguna dama rezagada en el templo, para requerirla.

«Por sus tendencias semíticas y musulmanas—ha dicho Fouillée—el español es dado a imponer la fe por la fuerza; de buen grado desconoce el derecho ajeno, sobre todo el de conciencia. Un carácter de la fe española, es el espíritu de procelitismo conquistador; la necesidad de domesticar al infiel y al hereje».—Muy exacta es la nota indicada, pero ella no significa otra cosa que la fanfarrona vanidad del peninsular; concebida una cosa como verdadera por él, no concibe como otro pueda pensar de distinta manera, lo atribuye a capricho, a lujo de sofisma o a ostentación de mala fe el argumentar en otro distinto sentido. Y es este uno de los vicios que más arraigados quedaron entre los herederos del alma ibérica, los hispano-americanos: de ahí el revolverse violentos y crueles contra cuantos no comulgan con sus ideas, de ahí las acusaciones violentas que no se para ni aún en la calumnia y el odio

(1) Pablo Scbillot. «El paganismo contemporáneo en los pueblos celto-latinos».

convertido en vilipendios de los contrarios políticos. En el aspecto religioso el discentimiento de creencias nos pasa de modo tal, que los católicos acusan al libre pensador, de farsante, de insincero, y éste a aquellos de hipócritas, de explotadores de la buena fe pública. Y hay del que se aparte de unos y otros para pensar por sí, sin los cánones prescritos por uno de los dos bandos, será el enemigo común fustigado por todos.

La comparación del fanatismo en religión con los celos en el amor, es de una justeza absoluta, y así como de los celos se ha dicho que hay en ellos «menos amor que resentimiento y pundonor»; del celo en las creencias puede decirse: suprema estimación de sí mismo y de su infalibilidad, orgullo de que se ha de creer siempre como él. Al español no le importaba convencer al indígena le bastaba que éste hiciera lo que le fuese mandado; de ahí que para esta gente en realidad, la religión enseñada fue pura práctica exterior. Pero, hacia tal resultado tenía el castellano el eficaz auxilio del mismo catolicismo que, bajo la afirmación de la poca eficacia de nuestras facultades racionales para conocer íntegra la realidad y manifestando la necesidad de una fe impuesta, exige de los hombres sumisa aquiescencia sobre lo que no comprenden.

III.—El tercer aspecto señalado consiste en el fortísimo lazo que es para el español, el hábito de hacer, la costumbre de vivir dentro de ciertos moldes que se los vuelve muy difícil romper. La fórmula castellana por excelencia es también en América la argumentación suprema para practicar y exigir el respeto a la religión católica: «fue la creencia de nuestros padres; renegar de ella sería pues, para estos débiles argumentadores, renegar de nuestros ascendientes; como si en cuanto creyeran aquellos hubieran tenido

razón o como si el respeto a lo antiguo debiera ir hasta allí. Claro, a la larga, la preocupación indicada, hará olvidar la investigación, y la necesidad de buscar nuevo combustible para cambiar la fe en amor y hacer de la creencia un sentimiento; las fórmulas lo serán todo, sin pensar en ellas con frecuencia, en su virtud de símbolos sino en su aspecto de realidad vivida por cientos de generaciones. En una reciente novela española encuentro esta reflexión: «... y si cumplían con los preceptos de la Iglesia, hacían como la mitad de los españoles, entonces y ahora, para evitar que digan...» (El puro temor a la censura de haberse salido de la costumbre).—En otro capítulo nos será preciso volver sobre la importancia de lo tradicional en la Península ibérica.

* * *

Respecto del segundo fanatismo, el del servicio y respeto al Rey, puede repetirse la mayor parte de las observaciones que sobre las costumbres religiosas hemos hecho. Lo general, en la Europa de entonces, de la sujeción al Monarca por obra especialmente del vivir de las costumbres germanas; con una atenuación para España: la heroica defensa de los privilegios ciudadanos en las revoluciones de los comuneros contra Carlos V. Otro aspecto sería la permanencia del sentimiento debido a la práctica constante cambiada en hábito: el sentimiento conservador, de nuevo, que hasta hoy lucha en el reino, y que tiene raíces tan hondas como los combates por colocar en el trono al más legítimo de los Monarcas: ejemplo, la larga guerra carlista.

QUITO - MCMXXV.

Palacio Arzobispal
Junto al Almacén
Wolfson

LA MARINA

P. O. B. 269
Quito - Ecuador

TALLER Y ALMACEN DE CALZADO

DE GUERRERO HNOS.

Este antiguo y acreditado establecimiento, cómodamente equipado, cuenta con el mejor personal de operarios nacionales y se halla en capacidad de atender al detalle o por mayor para dentro y fuera de la República, como también de verificar trabajos sobre medida

al rigor de la moda



Srta. América Destruge

BIBLICA

TENIA tu exangüe y fino rostro de nazarena,
el inefable encanto de una visión lejana;
tenías los rizos blondos de María Magdaléna,
y la voz armoniosa de la Samaritana.

ERAN tus senos núbiles dos rosas de Ecbatana;
fluía de ti un aroma de nardo y de verbena,
e incendiaba amapolas el sol de la mañana
en el tragal maduro de tu carne morena.

YO fui hacia ti, sediento de fe, de amor, de calma...
con el óleo de tus besos mis heridas ungeste,
y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma.

BRILLARON en mi noche tus grandes ojos vagos...
¡Y fue esa luz de ensueño para mi vida triste,
lo que la blanca estrella para los Reyes Magos...!

ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

POEMAS DE ALFREDO MARTINEZ

La Sonrisa del Sol

Al ocultarse Diana en el Poniente,
cuando la Noche apaga en el espacio
sus lámparas astrales, en Oriente
la Aurora abre las puertas de topacio.

Las Tres Horas preparan el carruaje
olímpico, de fuego y armonía,
mientras se oye un preludio en el cordaje
del arpa polifónica del Día.

Las cumbres siderales de violeta
y púrpura se tiñen, y la inquieta
cuadriga espera al domador perverso....

Y llega el Sol. Y en su carro de lumbre
emprende el vuelo... Ric en toda cumbre
y su fostro ilumina el Universo.

Bebed....

BEBED, bebed el vino rubio de la mañana...
El Sol como una copa aérea y divina
derrama su tesoro. El valle se ilumina
y finge a los espacios una eterna fontana.

Oh vírgenes sedientas, oh flores perfumadas,
vosotras que sentís un regocijo grande
cuando el alma del Sol por Natura se expande,
bebed hasta embriagaros en las rubias cascadas.

Seres enflaquecidos, pechos de sombra y hielo,
es la hora del festín... Apuremos el vino.
Es tan bueno embriagarse y sentirse divino...
con el alma ompapada en la lumbre de cielo.

Oh Sol, para embriagarnos con tu licor ardiente
hollaremos las cumbres... Se inflamarán los poros
de nuestro cuerpo estéril y tus regios tesoros
tornará nuestra sangre en milagrosa fuente.

Volaré en mi Pegaso....

QUE mi padre es el caos; que soy fruto maldito;
que mi cuerpo es el antro del pecado mortal;
que la nada y la muerte en mi frente está escrito;
y que mi alma se agita en el seno del Mal. . .

No te importan mis males, buena Madre Natura.
Dame el áureo tesoro de tus senos en flor;
dame el fuego del Sol que en tu frente fulgura,
y la magia del arte; dame un beso de amor . . .

Y el cuerpo será un vaso inafabio de arcilla,
y Minerva en mi frente será un astro que brilla,
y mi sangre la vida en la noche nupcial. . .

Y ostentando el laurel de mi gesta gloriosa,
volaré en mi pegaso por la cumbre radiosa
con la lira por cetro, por blasón el ideal.

MCMXXIV

Ricardo Alvarez

La Casa Familiar

LA arcilla cansada de esta casona humilde extasiada al margen de la ríu, se coronó de rosas blancas, en otro tiempo, al llegar la Primavera; pero al florecer el milagro de esa belleza suma en el barro enlutado, esta casa triste y buena como el amor casero, enseñó al hijo que habitaba los decorados salones del dolor, a mirar la divina estrella de la subiduría muy cerca de la cruz de su angustia y a recogerse, como la sensitiva, en el estanque claro de la meditación.

¡Oh, amada casa triste en la que se despertaron los primeros afanes, en la que brillaron como constelaciones las primeras inquietudes! ¡Casa de paredes ancianas y de fragante jardinillo pobre! Yo conservo, en el fondo iluminado de mi espíritu, tu visión generosa con igual perfección con que inmortalizó la imagen de la primera amada. Trazaría tu perfil a oscuras, en la arena de un jardín, aunque me temblasen las muñecas adoloridas, aunque mis pupilas no pudiesen mirar.

Porque tu enseñanza fue sabia, mi gratitud es un vaso de ternura desbordante. Siempre tus puertas pálidas y envejecidas con el castigo de los vientos, permanecieron abiertas y fueron para los desafortunados, los taciturnos, los atormentados *manos pródigas que ofrendaron perfumes de primavera, finas mieles y santas alegrías.* Por eso, innumerables noches alzaron por ti, ¡casa amiga!, la loanza infinita aquellos desventurados hombres rudos que vinieron de huertos extraños, rojos los pies, las manos destrozadas y amargo el corazón. Sus cantos ingenuos fueron en la noche profunda o en el alba naciente, como los dulces besos de las madres que dan a sus hijos al partir a países exóticos. Por tu vientro pródigo en el que cosecharon las uvas mejores los desheredados, por la estrella de tu amor que supo abrirse para derramar dones de salud, casa humilde y buena como el amor casero!

* *

Recordando el tiempo ido, cómo quisiera patinear dislocado y travieso por el amplio patio lleno de hierbecillas tímidas, por los sonoros corredores y luego por las estancias

claras y aromosas, perturbando el trabajo de la hermana y la sonrisa propicia de la madre; medir como antaño, con ligero trocillo la inmensidad de la casa y terminar el día tranquilo y satisfecho, yendo a sembrar en el huerto una planta seca.

¡Oh, melancólica casa que sabes de mis primeras caídas, de mis infantiles sollozos, de los pequeños fracasos! Me enseñaste a caer en el barro del dolor, pero también supiste levantarme. Y tu misma has hecho que, en el fondo callado del corazón, nazca una inquietud para mirar distintos horizontes; tu misma has hecho de mi sonrisa, rosa de niño, el sayal atecinado del romero. Y ya seré siempre romero, iré por los mundos del dolor y la belleza con mi vara florecida que recordará al rosal compañero del huerto amado.

* *

El vértigo desmedido, loco de los hombres turbulentos va haciendo desaparecer la belleza antañona de las seculares y nobles casonas en cuya helada piedra, historiada por el tiempo, sembró sus maravillas la lluvia incansable. Van desapareciendo aquellos salones de respeto, salones doctorales, pálidos salones de veneración, de cuyas paredes pendía el Crucificado, taciturno y magnífico, enseñando a los hombres desde el alto trono de su sacrificio, la bondad suprema del perdón ilimitado. Más los hombres que entraron en el invierno y rezaron en el recinto blanco la mejor oración, ternísima como la sonrisa de los niños, jamás podrán abandonar aquella paz que encontraron en las estancias profundas de las casonas antiguas, donde hasta el sol penetra recogido.

¡Oh la visión de aquellas salas silenciosas!

Las mujeres esperaban, en las estancias familiares, el azahar de las nupcias, conservando el tesoro de su castidad perfecta. Las ancianas madres trémulas sostenían colochos con el tañido grave de las campanas y en los crepúsculos borrosos de todas las tardes, veladas las pupilas con lágrimas esperaban desposarse con la muerte....

Las pobres hermanas anhelaban la llegada del extranjero que traería visiones de

lejanía, ensueños primaverales; pero siempre, unciosas y lacurnas, penetrantes y agobiadas, sabían esperar, esperar...

¡Oh! Los hombres que llegaron a la madurez y aquellos otros que vieron la nevada heroica de la vida, supieron descansar, alumbrándose cerca de sus lámparas, exultando el caudal inagotable de sus bendiciones, de sus ternuras; acumulando el tesoro para sus hijos.

¡No los dejaban en mitad de la vía sin antes trazarles una vía cualquiera!

Para los que vamos en Primavera camino

del Invierno, cuánto nos agobia y duele la imagen frágil de estas casillas en que no se dá tregua al recuerdo, en que se destroza el corazón, en que se desdibuja la vida de uno mismo para no perturbar la clownesca sonrisa del obeso hombre de negocios, la causada mueca de la meretriz de bazar pobre, el vozarrón del artesano infecto y los agudos chillidos de los muchachos desarraigados. Las melancólicas hermanas y las novias pálidas apenas tienen para su pudor, en este vértigo eléctrico del acomodo, el velo de sus cabelleras y la aristocracia de su dolor...

LA CANCION DEL CANSANCIO

Fragantea galanías! Dulces horas festivas
que ya van al olvido!.. Cruelmente atormentada
sólo la queja naufraga de una novia olvidada
hiere mis dolorosas vigilias pensativas....

A la vendimia eterna yo llevé mi ilusión
toda lírica y llena de ensueños luminosos.
Mas en la Feria Erótica mil labios amorosos
secaron el racimo que era mi corazón....

Mi alma la Jardinera cautiva del Ideal,
que interrogó al Enigma y abandonó a la Vida
toda su primavera, ya se halla envejecida....
Mi carne ardió en la hoguera del pecado mortal...
Y ya sorenamente, como un cartujo, siento
una ansiedad de paz y de renunciamento.

ANGELUS DEL CAMPO

Crepúsculo en la aldea! Sol anémico y triste
que ríe en la lluvia con sonrisa de enfermo...
Cantan dolientemente las campanas beatíficas
la llamada del Angelus.
Y el alma se suspende en una Ave María
de ensueños de amor místico
y de melancolía....

Tarde azul y romántica! Aire puro del campo
fragante a heno fresco y a tierra humedecida.
De lejos llega el sordo batar de la vacada
como en una oración.
Poco a poco el crepúsculo
agoniza...
mientras calladamente, como dos eucarísticas
plegarias fugitivas,
bajo el cielo tranquilo, cruzan dos garzas blancas
coruzcando en el aire —albos signos de adioses—
sus dos alas de nieve....

ESA LOCA QUIMERA

Pierre Loti en las páginas de *Las Descucentadas*
puso en nuestros ensueños una ilusión lejana...
Delirabas tu en ser la lírica Djenana
en el encanto extraño de una leyenda de Hañas....

Yo imaginaba un rutilo tcharchaf de pebrerías
para cubrir tu euritmia ¡Casta Venus de Sandro!
Y hacia el mar nos llevaban caiques de palisandro
y eran enfermos lotos nuestras melaucofías!

Y fue en nuestro romántico ramazón amoroso
que en un breve minuto triunfal y luminoso
ceterizamos ambos una quimera azul....

Loti con la novela de *Las Descucentadas*
nos hizo inútilmente vivir en cuentos de hadas
y nos dejó por siempre soñando en Estambul....

Antonio Montalvo

P O E M A S
DEL LIBRO "LA GUIRNALDA DEL SILENCIO"
DE JORGE CARRERA ANDRADE

UNIVERSO

Luciérnaga,
 linterna diminuta que se enciende en la hierba.

En la pequeña luz, su serrucho descansa
 el gusano que oculto en la encina trabaja.

Maese Saltamontes
 compone con aromas los gnisos de la noche.

Las avispas
 en sus lechos se entregan al placer como niñas.

Caballito del diablo vuelve a su pesebrera:
 se ha apagado en el campo la saltante linterna.

CRUCIFIXION

Desde la eternidad, aleteé por los aires
 un mensaje de pájaros....
 Hasta mi sed altísima tiende en la esponja de oro
 su vinagre el ocaso.

En el madero del Silencio
 mi cuerpo está clavado.

Turba el aire oloroso de la zarza quemada
 la madre que me arrima su escalera de llanto.
 Y en la noche que llega, los recuerdos
 mi amor como una túnica se juegan a los dados.

VIDA DEL GRILLO

Invalído desde siempre
 ambula por el campo
 con sus muletos verdes.

Desde las cinco
 el chorro de la estrella
 llena el pequeño cántaro del grillo.

Trabajador, con las antenas hace
 cada día su pesca
 en los ríos del aire.

Por la noche, misántropo,
 cuelga en su casa de hierba
 la lucecita de su canto.

Hoja enrollada y viva,
 la música del mundo
 conserva dentro escrita.

El grillo! el grillo! el grillo!
 Tengo miedo que se entre
 por las ventanas de mi libro!

PRIMAVERA & COMPAÑIA

El almendro se compra un vestido
 para hacer la primera comunión. Los gorriones
 anuncian en las puertas su verde mercancía ...
 La primavera ya ha vendido
 todas sus ropas blancas, sus caretas de enero
 y sólo se ocupa de llevar hoy día
 soplos de propaganda por todos los rincones.

Juncos de vidrio, frascos de perfume volcados,
 alfombras para que anden los niños de la escuela,
 canastillos, bastones
 de los cerezos, guantes muy holgados
 del pato del estaque. Garza: sombrilla que vuela!

Máquina de escribir de la brisa en las hojas:
 oloroso inventario.
 Acudid al escaparate de la noche!
 Cruz de diamantes, linternitas rojas
 y de piedras preciosas un rosario....

Marzo ha prendido luces en la hierba
 y el viejo abeto inútil se ha puesto anteojos verdes.

Hará la primavera después de algunos meses
 un pedido de tarros de frutas en conserva:
 uvas --glándulas de cristal dulce--
 y hojas doradas para empaçar mis tristezas.

Quito---1926

Isaac J. Barrera

BIBLIOGRAFIA

TENGO sobre mi mesa algunos libros de autores ecuatorianos, acerca de los cuales quisiera escribir algunas palabras, por lo menos de agradecimiento, ya que no puedo detenerme en examinarlos con la detención con que quisiera: el tiempo me viene estrecho y mis actividades se dirigen por diferente camino que el de la literatura, en estos momentos. Y sin embargo creo que el tiempo más bien empleado es aquel que se destina a auscultar la viviente palpitación de la juventud que sin atomizarse ante el turbulento prosaísmo de la época se consagran a la obra siempre hermosa de fijar la sensación del mundo y la propia sensación del poeta, haciendo, por lo mismo, obra perdurable.

Es antigua deuda la que tengo contraída con *La Guirnalda del Silencio* de Jorge Carrerra Andrade, inteligente muchacho que con este segundo libro de versos ha venido a afirmar su personalidad y a definir de mejor manera su concepción artística.

En los primeros momentos le sugestionó Francis Jammes con su ingenuidad franciscana y su amor por la naturaleza; pero esa gafa no le ha servido a Carrerra Andrade sino para llegar a sondear el corazón de las multitudes y a sentir fe por las predicaciones de Rousseau, encarnadas ahora en la aspiración del mundo por el bienestar social. Si el primer libro de Carrerra Andrade recogió en sus páginas la emoción del alma de las cosas y en éste el sentimiento de la naturaleza se subordina al del corazón humano, el que publicará próximamente ha de tener, con la suave sentimentalidad del poeta, la rebeldía del hombre que quisiera borrar del mundo las injusticias sociales y llegar al reino de la utopía en que todas las cosas fueran, si no perfectas, buenas.

Por mucho que *La Guirnalda del Silencio* dé comienzo con una epístola a Jammes, el sentimiento de la naturaleza en este libro es la de un ciudadano que mira los campos con simpatía, pero que no puede entrar en la suave sinceridad de los árboles que ponen la nota alegre o triste en el paisaje sin pensar en ello, sin querer, y es esta la razón por la que la naturaleza ante sus ojos encuentra a cada momento la comparación con los seres y las cosas vistas y vividas en la ciudad. De esta manera el grillo calvo viste sotana y la col tímida se siente monja; y en esta contraposición de la ciudad y el campo, este último sale perdiendo en espontaneidad y frescura, por mucho que se admire en veces y desconcierte en otras, la novedad de las imágenes. Se repite con placer:

Tu amor es como el roce tímido
de la mejilla de un niño;

Como la piel de las manzanas
o la cesta de nueces de la pascua;

Como los pasos graves
en la alcoba donde ha muerto la madre;

Como una casa en el bosque
o más bien como un llanto vigilante en la noche!

Ya tendré ocasión de hablar más largamente del libro *La Hora de las Ventanas iluminadas*, que se anuncia como en preparación y que tal vez sea el eslabón a la nueva manera que he creído presentir en el poeta, como un desarrollo necesario a su desenvolvimiento interno.

Me quedan todavía que anotar *del Sendero y otros poemas* de Rafael Vallejo y Larrea; *Como el Incienso...*, de Aurora Estrada y Ayala; *Ojos en Éxtasis y Jardín sin Sol*, de Víctor M. Albornoz, y *Voces Errantes* de Luis Cordero Crespo. Ojalá tenga oportunidad y hospedaje para hablar de estos libros.

Julio P. Mera

Crónicas de Viaje

VISIONES ERRANTES...

HABIA «devorado» ya un estirón enorme de las paralelas arterias de la civilización, cadena mágica de confraternidad en que, para representar un solo e ímpetu y transmutarse en una sola alma, se engarzan los pueblos—, partiendo de la ciudad de Quito, y el tren seguía rauda, jadeante, al aire sus densos penachos de humo, cual gallardo plumaje de tocado femenino, zigzagueando vertiginoso a ras de la tierra como una serpiente apocalíptica.

En el vagón «de primera», donde por casualidad había ganado yo el antepecho de una ventanilla, los pasajeros iban molestos revueltos, apretados, en un hacinamiento asfixiante de carne tibia y nauseabunda. A fuera resaltaba el contraste, la compensación, el inmediato e inalcanzable reverso que hay en todas las cosas de la vida: espacio infinito y libre, aire fresco y puro, cielo siempre abierto e incommensurable, como un amplio manto maternal, para acogerse todos...

Menada lluvia azotaba los cristales y ráfagas heladas, colándose por entre los resquicios del coche, venían, por momentos a aliviar el sopor bochornoso y desahilar cautelosas, tímidas e impotentes el aire azasamiento vicial que ya lindaba con el de las catacumbas en el día evocador de los difuntos.

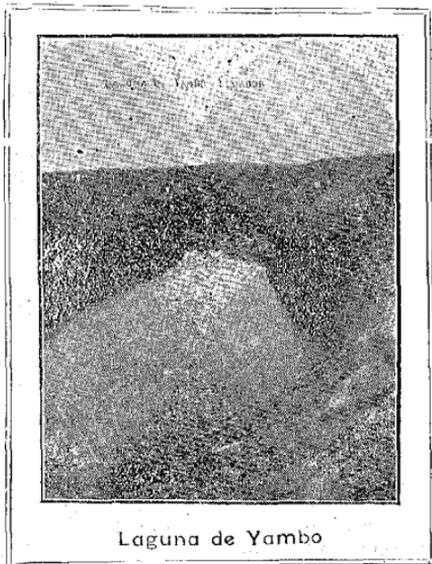
—Pero «nos falta todavía mucho»; pero a qué hora «llegamos»?— gorgieba, más que inquiría, una linda colegiala, que estaba abriéndose rozagante, como una rosa de ensueño, a la vida. Bromeábamos con su inquietud desesperanza de gozar pronto en los de seguro también ansiosos y desasosegados brazos de mamá. Su risa juguetona y casabeleante, sus palabras cristalinas eran como espaldas de arcángel, relucientes, incisivas y prontas para cortar al instante, en sus revoltosos galantes, la intención de un engaño,

las frágiles alas de nuestras burlas y jugarellas sentimentales.

Emoción divina que soplaba suavemente en mi espíritu las cenizas de esa hoguera inextinguible de los idilios lejanos de la infancia y más ensorbelladamente, con sugestión mayor, hechizaba el paisaje que se desplegaba majestoso ante nuestra vista.

Un lienzo peregrino, arrebataador y prócer, de imponencia y maravilla, enmarcado en un paraje de la anti-planicie de los Andes, por las manos omnipotentes del Supremo Artífice.

El tren lo va recorriendo con rapidez eléctrica y bien así como en el atropello febril de una cinta cinematográfica, con la misma sensación energética de su movimiento y nuestra inmovilidad, vemos ginetear aferrados a sus cimientos, a sus raíces, el páramo abrupto y desolado, los fríos y silvantes pajonales; tal cual vez, una casuca parda, unos árboles y desamparados animales vivientes. Y hasta los perfiles borrosos del horizonte y la tonalidad fúnebre—en esta hora brumosa—de la vóbada celeste, en una como agencioidad nerviosa y arranque epiléptico de la naturaleza toda en fuga...



Laguna de Yambo

El temporal continúa rociando sus perlas temblorosas sobre los cristales, en cuya tersa superficie ruedan y se deshacen como lágrimas; mientras allá, en la lejanía, surgiendo como la forma eucarística de un cáliz, el incendio de un sol de fuego, de un radioso e irresistible sol a medias apenas salvado, enclava hacia lo alto y a su alrededor sus flechas de brillante. Y enfilado, algún picacho enhiesto de la Cornillera diluye sus perfiles de nieve en la penumbra.

De pronto y a corta distancia de la línea férrea, se ha presentado un vallecito exiguo y profundo, a modo de una gruta escondida, circuido casi por todos sus flancos de altísimos y salvajes peñascales. Allí dormita su

sueño milenario, como en "su" lugar propicio y apacible, la laguna de Yumbo, según se la denomina. El sombrío cristal de sus aguas coruscantes e innóviles ofrece el recorte o el patrón de una media luna... quizá, observándolo mejor, de un cuerno, y de ellas emerge, descansando exacta y firmemente sobre sus dos contornos opuestos y más equidistantes, límpido, perfectísimo y triunfal, el Arco Iris, en la momentaneidad ritual de la naturaleza. Lo admiramos realmente como un artificio humano; se me antoja que podemos asirle y apretarlo con las manos, mudarle intacto de sitio o llevarlo ufananamente con nosotros para festejar el templo de las Gracias, en la apoteosis versallesca de algún bardo...

Bordea el monstruo de hierro la laguna; la deja atrás y la perdemos de vista, en tanto que los caprichosos arabescos o estaluctitas de la luz, la cinta estriada de mil colores reflejantes, ya suspendida sólo en el espacio, nos sigue y nos escolta todavía, en su cuerpo y forma plenos, poniendo en la delicuescencia del paisaje su nota de paz, de beatitud y misticismo.

Otros rasgos maestros del pincel divino, otros girones pictóricos de un realismo abrumador, los que se adentran en nosotros... ¿Cómo describirlos? Hasta cuando empezamos a transponer triunfantes una amplia y florecida avenida, al conjuero de la cual nuestra alma nostálgica da su saltito de gozo, escalando luego el plano de esa emoción gloriosa que arrancó sin duda, de los trémulos labios del Genio Máximo, el grito sublime de Tierra! Tierra!

Ah, nuestra buena tierra nativa está ahí... Hemos dejado a retaguardia los tableros desperdigados de ajedrés, de prados, sembríos y granjerías; las sábanas albas o los mantos grises y húmedos salpicados de pequeños albergues de labradores y se diría que hoy nos abrimos paso por el corazón misterioso de un jardín encantado. Toda la vegetación exuberante de los trópicos; los árboles centenarios, custodiando y como protegiendo la misión santa de los que dan fruto; todos los frutos de la zona, llamativos y ape-

titosos, colgando en racimos apretados o en umbros esponjosas y ubérrimas, y en el suelo, y en algún tapial que por ahí han vestido con agreste galanura, las trepadoras, por doquiera, todos los matices de las flores. Lecho nupcial y muelle de pétalos, al amor de las frondas; carnaval políromo de sedas, bajo el techo cerúleo de la comba astral. - Sinfonías de cristal, orquestación soberbia en las grutas de las aves y los pintados pajarillos; perfumes gratos y embriagantes — caricia de novia o roce aterciopelado del *fru fru* de alguna deidad invisible — de los naranjos, y los azabares, y los romeros, y las margaritas...

Y en medio de este exótico derroche o profusión milinanochescu, más para "vidua" que para descrita, el rey majestuoso y soberbio de toda esa pequeña creación, el patriarca augusto y venerando de lenguas barbas y cabellera de nieve — indudable que hablamos del río Ambato — repantigándose, desperezuándose, ungiendo de serenidad, sobre su lecho eterno de verdura.

Cantan las linfas su canción de arrullo y a poco menester la ciudad muéstranos el frontis enjalbejado de sus primeros inmuebles, surgiendo sobre la ribera opuesta como un castillo legendario. Y al tiempo en que evidentemente "legamos" a la mansión idílica, ella huye y se nos escapa, por el mismo caso que, alejándonos nosotros, se nos acerca y aproxima, a virtud de un ligero recodo del camino que se lo ha curbado tal el arco de una flecha, como para que entrásemos urbanamente en su recinto a descubrirnos a su faz y saludarla de frente.

Ambato soñado y primaveral! Remanso apasible y ameno de nuestros amores, ideales y añoranzas, como el ritmo impetuoso del huir de la locomotora, ha palpitado anhelante el corazón afligido del viajero, por llegar también al tuyo grande y multiforme y auscultar a una suer latidos de hermana buena, novia o compañera amantísima y madre inmensa y excesivamente tierna, acogedora y cordial!

QUITO—1926

NOTAS

Toda colaboración que no se haya solicitado debe remitirse por correo. No se devuelven los originales que se reciben y no sean publicados. Diríjase la correspondencia al

Sr. Alfredo Martínez

SELECCION DE OBRAS--VARIOS AUTORES

Vicente Blasco Ibáñez, Emilio Zola, Víctor Hugo, Danti Alighieri, E. de Auicis, Alejandro Dumas (padre), Eugenio Sué, Santos Chocano, José Joaquín de Olmedo, Ernesto Renán, Miguel de Cervantes Saavedra, Máximo Gorki, Manuel M. Flores, Guy de Maupassant, Gabriel D'Anuncio, Cami o Flammarion, L. Trozki, Gustave Le Bon, L. Chureuil, Cunile Mauchair, Doctor Manden, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Ricardo León, Emilio Carrero, Francisco Villaspesa, Enrique Gómez Carrillo, Ramón del Valle Inclán, Juan Valera, Amado Nervo, José Ortega y Gasset, Gustavo Adolfo Becquer, Eugenio D'Ors, Amós de Escalante, José Enrique Rodó, Jacinto Benavente, Manuel Machado y otros grandes Autores.

¡El surtido mayor en librería y los precios más baratos de la Capital!

Obras de Literatura-Historia-Geografía-Agricultura-Industrias-Artes etc. etc., encontrarán en la

EDITORIAL ARTES GRAFICAS

Librería, Papelería, Imprenta y Centro de Suscripciones

de CANDIDO BRIZ SANCHEZ

Carrera Venezuela Nº 73

Teléfono 4-0

QUITO ECUADOR

Revistas: de Actualidad y Revistas de Modas para señoras y niños. Llegan de Europa, Estados Unidos, y Sud América por todos los correos.

Imprenta: trabajos nítidos, con arte y buen gusto, se hacen cuando Ud. ordene y a precios más bajos que los de mis competidores, asegurándole puntualidad y esmero en toda obra.

Semillas: de hortalizas, venta por paquetes, onzas y libras. Las únicas semillas que dan ventajoso rendimiento.

Papelería: Surtido completo en papel para correspondencia comercial y particular: sobres, facturas, cuadernos, libretas, libros para contabilidad, tinta, lápices, cancheros, borradores, tachadores, agradores, ataches, cintas para maquina, secantes, cartones, cartulinas, papel y percalina para encuadernadores, papel fino y ordinario para obras, tinta de imprenta de varios colores, papel crepé y de seda en varios colores, cajas de papel de fantasía blanco, de colores y luto, tarjetas de visita, de felicitaciones y bautizo, partes de matrimonio; surtido variado y precios los más baratos de plaza.